862.8
T2553
v.253
no.2

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~862.8~~
~~T2553~~
~~v.253~~
~~no.2~~

6761

a 00003 481495

This book must not be taken from the Library building.

MARIANA

MARIANA

drama original en tres actos y un epílogo

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 5 de Diciembre de 1892.

PRIMERA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
MARIANA, 24 años.....	Srta.	Guerrero.
CLARA, esposa de don Cástulo, de 30 ídem.....	»	Martínez.
TRINIDAD, viuda, hermana de don Pablo, 35 ídem.....	Sra.	Alverá.
DANIEL MONTOYA, enamorado de Mariana, 30 ídem.....	Sr.	Thuillier.
DON PABLO, General, 48 ídem...	»	Cepillo.
DON JOAQUÍN, protector antiguo de Mariana, de 65 á 70 ídem: carácter noble.....	»	Mario.
DON CÁSTULO, arqueólogo y anticuario, 56 ídem: acercándose á la caricatura sin llegar.....	»	Balaguer.
LUCIANO, enamorado de Clara, 22 ídem.....	»	García Ortega.
CRIADOS.....	»	N. N.

Escena contemporánea: en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICATORIA

Dedico esta obra á la Compañía del Teatro de la Comedia, dirigida por el eminente actor D. Emilio Mario, y de este modo cumplo un deber ineludible de gratitud y de justicia.

Un gran autor dramático, gloria de la escena y autoridad inapelable, decía textualmente la noche del estreno: «entre las seis ú ocho obras dramáticas que he visto representar, desde que tengo uso de razón, de una *manera perfecta*, esta es una de ellas.»

Y le decía á la Srta. Guerrero, en su estilo á la vez entusiasta y regañón: «no se engría usted; pero hace usted el papel de Mariana de tal modo, que es la perfección misma.»

Yo, ¿qué he de agregar? Sí: en ese papel de Mariana, tan difícil, tan complejo, tan peligroso; en ese papel que todo lo comprende, desde la coquetería insustancial de los salones, desde el sentimiento profundo y doloroso, hasta los últimos gritos de la pasión y los arranques de la tragedia; en ese papel que es para la actríz como un examen de cuanto el arte escénico abarca, la Srta. Guerrero ha realizado un prodigio de arte, una maravillosa perfección: ni una frase, ni un acento, ni un grito, ni un suspiro, son otra cosa que lo que deben ser: todo está comprendido con admirable talento y todo está expresado y sublimado con poética y altísima inspiración.

¿Qué me queda que decir? Lo que dice Mariana al final del primer acto: ¡En avant! ¡le drapeau est engagé!

José Echegaray.

759436

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón de paso adornado con elegancia. Puertas laterales y en el fondo. Es de noche: iluminación espléndida: *pequeña recepción.*

ESCENA PRIMERA

CLARA, y después TRINIDAD

Clara sentada: Trinidad entra al empezar el acto.

TRIN. Vengo á buscar tu compañía, Clarita. (Entrando.)

CLARA. ¿Te cansaste de oir música?

TRIN. (Sentándose al lado de Clara.) La música no me gusta más que en el teatro Real. Allí me cuesta *muy cara,* luego debe ser *muy buena.* Sólo vale lo que cuesta.

CLARA. Es verdad: por eso los hombres quieren tanto más á una mujer cuantos más sacrificios hacen por ella.

TRIN. Por eso Daniel quiere tanto á la encantadora Mariana.

CLARA. Y por eso quiere tanto á la divina Mariana tu hermano don Pablo, nuestro heróico general.

TRIN. Qué sé yo.

CLARA. No lo niegues.

TRIN. No, hija, si no lo niego. Aunque me parece que mi heróico hermano se ha empeñado en una *guerra*, en que han de ser más las derrotas que las victorias.

CLARA. Con una victoria, la de la boda, le basta; y después, dado el carácter de Mariana, no son de temer los desastres. Además don Pablo, como buen militar, tomaría de ellos *venganza sangrienta*.

TRIN. La boda es muy dudosa.

CLARA. ¿Por qué? El buen sentido la aconseja. Mariana es una viuda, que casi no es viuda y que es casi una niña: hermosa como un sol: rica con riqueza incalculable, porque media América es suya: una reputación sin mancha: una virtud marmórea.

TRIN. Quizá por eso es tan *virtuosa*, porque es tan *marmórea*. La *Venus de Milo* resistiría todos los asaltos amorosos de todos los tenorios de frac ó de trusa, sin que un mal pensamiento cruzase por su monísima cabeza, ni una sola sacudida agitase su corazón de piedra.

CLARA. Pero en fin, ella es virtuosa. Y en cuanto á tu hermano... ¡ah! tu hermano es un militar de altos hechos y limpia fama: leal, enérgico, simpático: con sus cuarenta y ocho años vale más que muchos de treinta: y en política llegará muy arriba.

TRIN. Quedamos en que Pablo es heróico y simpático, y en que Mariana es rica, hermosísima y virtuosa.

CLARA. Justamente.

TRIN. Pues mira; nuestra querida Mariana será muy virtuosa, pero ella coquetea horriblemente con Daniel.

CLARA. (Riendo.) ¿A eso le llamas coqueteo? Dí que le abrasa á fuego lento, que le atormenta sin piedad, que juega con él como el gato con el ratoncillo: le acaricia, le clava las uñas: le suelta, salta sobre él: le hace monadas y le ensangrienta. No es coqueteo; más bien parece odio, crueldad. El pobre Daniel, si no huye, ó se vuelve loco ó se pega un tiro.

TRIN. Esos son desenlaces melodramáticos. Se desenga-

ñará y se casará con otra... ó se casará con Mariana.

CLARA. Pero si te digo que le odia. ¿Si la conoceré yo? Cuando le mira, pone los ojos como cuando reñía con una chica en el colegio y se lanzaba sobre ella para morderla y arañarla Créeme: si los usos sociales lo consintiesen, mordería y arañaria á Daniel.

TRIN. Ay, Clarita ¡qué peligroso es eso!

CLARA. Para Daniel.

TRIN. No, hija, para Mariana. Oye, te lo diré en confianza: lo primero que sentí por mi pobrecito Paco, que en paz descanse, fueron deseos invencibles de *morderle las manos:* como las tenía *tan blancas y tan bien cuidadas*... ¿sabes tú? (Se limpia los ojos.)

CLARA. (Riendo.) Es extraño lo que dices. Yo antes de casarme nunca sentí deseos de morder á mi querido Cástulo. Después de casados... muchas veces.

TRIN. Pero si Mariana odia á Daniel como dices, ¿por qué le recibe en su casa? ¿por qué le llama y le atrae?

CLARA. No sé. Será porque se goza en atormentarle. Mariana es muy buena, pero es algo... ¿cómo diré yo?... algo cruel.

TRIN. Cierto. Mariana es muy buena; pero allá en el fondo... en el fondo... Dios sabe lo que es Mariana. (Con misterio)

CLARA. ¿Sabes lo que es? egoísta.

TRIN. Muy fría, ya lo sé.

CLARA. No: seca de corazón.

TRIN. No quiere á nadie.

CLARA. Es que no siente: vamos, que no siente.

TRIN. Y que no cree en nadie ni en nada.

CLARA. Pero á pesar de todo es muy buena. (Entra don Joaquín.)

TRIN. Eso sí: y yo la quiero mucho.

CLARA. ¡Y es monísima!

TRIN. ¡Monísima!

CLARA. Don Joaquín...

ESCENA II

CLARA, TRINIDAD y DON JOAQUÍN

JOAQ. Ya están ustedes hablando bien de alguna amiga.

TRIN. Es verdad.

JOAQ. ¿Lo acerté? Si eso se conoce en la cara... Tenían ustedes la cara de los *grandes panegíricos*, como diría don Cástulo.

CLARA. Eso es: hablábamos...

JOAQ. ¿De la dueña de la casa?

TRIN. Justo: de Mariana.

JOAQ. Y les faltaba á ustedes mucho para...

CLARA. ¿Para qué?

JOAQ. ¿Para acabar de... *divinizarla*?... (De descuartizarla.)

CLARA. Muy poco.

JOAQ. Pues les ayudaré yo. Acabemos de divinizar á Mariana.

TRIN. Usted la quiere mucho.

CLARA. Siempre la quiso usted mucho.

TRIN. Ha sido usted casi un padre.

JOAQ. No tanto. Pero, en fin, me intereso de veras por ella. Y á mi edad, puede interesarse un hombre como yo, por una joven como Mariana, sin temor á que *nos divinicen ustedes*. Digo, me parece... aunque no estoy muy seguro.

CLARA. No, señor: no lo está usted. (Riendo.)

TRIN. No, señor: todavía es usted peligroso... (Riendo.)

CLARA. Peligroso á ratos. (Riendo más.)

JOAQ. ¿Qué me cuentan ustedes? ¡Ustedes me enaltecen! Voy á pedir permiso á don Pablo para hacerle á usted la corte, Trinidad. Voy á pedir licencia á don Cástulo, nuestro primer arqueólogo, para explicarle á usted, Clarita, un curso práctico de Arqueología.

CLARA. Déjese usted de floreos, y volvamos á Mariana.

JOAQ. ¿Pues no habíamos *acabado* con ella?

CLARA. No, señor: aún quedaba mucho por decir de la encantadora viudita.

TRIN. ¡Viudita! pero si casi no lo es. Se casa, ó la casa su padre, por poderes, con un americano inmensamente rico: la *remite* en el primer vapor: desembarca la divina desposada y se encuentra á su esposo de *cuerpo presente*. Diga en conciencia: ¿es esto ser viuda? (Á don Joaquín.)

JOAQ. Bueno, pues la llamaremos: *viuda por poderes*. ¿Usted no lo es de ese modo, Trinidad?

TRIN. No, señor. ¡Pobre Paco!

JOAQ. ¿Ni usted es tampoco viuda en esa forma, Clarita?

CLARA. Ni en ninguna. ¿No se acuerda usted de Cástulo?

JOAQ. ¡Es verdad! ¡qué cabeza!... ¡Cástulo!... ¡El gran sacerdote de la Arqueología!... Toma, pues ya acude á la evocación.

CLARA. Y viene con Luciano; ¡pobre chico!

JOAQ. ¡Cómo dirige el pobre chico hacia usted miradas suplicantes para que le salve usted, Clarita!

CLARA. Déjenle ustedes, que le está iniciando Cástulo en misterios arqueológicos.

JOAQ. Échele usted *un cabo de salvamento*. (A Clara.)

CLARA. ¡Eso es! y Cástulo se viene detrás. (Los tres hablan en voz baja y ríen.)

ESCENA III

CLARA, TRINIDAD y DON JOAQUÍN, forman un grupo á la izquierda del espectador. DON CÁSTULO y LUCIANO, vienen de los salones lentamente y se colocan en la izquierda. Don Cástulo explica con interés: Luciano escucha por cortesía, pero no cesa de dirigir miradas á Clara.

CAST. Desengáñese usted, Luciano: no hay nada más curioso, más instructivo y casi me atreveré á decir, más profundo, que la historia de ese *utensilio* al parecer tan *prosáico*. ¡Oh! la historia del *peine* desde

los tiempos más remotos, desde la caverna del oso prehistórico, y de la hiena prehistórica y del elefante melenudo hasta nuestros días, ¡es la historia de la humanidad! ¿Lo duda usted?

LUC. No lo dudo, don Cástulo. Pero allí veo á su señora de usted...

CAST. (Deteniéndole.) No me crea usted bajo mi palabra. Los arquéolos somos vanidosos; ¡pero tengo una colección de peines!... ¡Ah!

LUC. Me parece que me llama Clarita.

CAST. (Asomándose un poco.) No: no le llama á usted. Usted la verá mañana y pasará usted un buen rato con ella.

LUC. ¿Yo? ¿Con quién?

CAST. Sí, usted: ¡con esa colección sin rival!

LUC. Ya. ¿La de los peines?

CAST. Cien mil francos me daba el *Museo británico*.

LUC. ¿Y no la vendió usted?

CAST. ¡Yo vender! Yo dije para mí: «¡ya estáis buenos peines!» Tengo... palabra de honor... tengo peines de espina de pescado, de pinchos de puerco-espín, de madera, de caña, de hueso, de cristal, de metales varios, hasta de cuerno.

LUC. ¡Cuerno!

CAST. Y también de *asta*. Evidente, señor, evidente. Retenga usted esta máxima: donde hay una *pua*, hay varias *puas*: y donde hay varias puas, hay un *peine*.

LUC. Demonio, ¡pues es verdad! Me parece... ahora sí que me parece... (Queriendo irse con Clara: don Cástulo lo detiene.)

CAST. Usted ha de almorzar mañana con nosotros y ha de ver usted maravillas. Yo tengo peines de todas las formas y de todas las edades: rectilíneos, curvilíneos, triangulares, poligonales, representativos, no representativos, lisos, tallados, dóricos, jónicos, corintios y compuestos. Los tengo del Egipto, de la Asiria, de Grecia... ¡allí sí que había puas!... de Roma... ¡allí sí

que había peines! Los tengo destrozados por los bárbaros, como *devastación petrificada* ¡porque aquellas gentes preferían el cardo al peine más pulido para alisarse las melenas! ¡Hasta tengo un peine que dicen si fué de Carlo-Magno! ¡Tengo *hasta*... hasta otro peine, que dicen si fué de la Cava!... ¡Puras leyendas! porque en esto de peines hay que andarse con mucho cuidado.

LUC. Si, Clarita: allá voy. (Clarita no le ha llamado.) Dispense usted, don Cástulo: decididamente me llama su esposa de usted. (Don Cástulo entusiasmado con su discurso no llega á tiempo para detenerle y Luciano se acerca á Clara.)

CAST. (¡Qué impertinentes son estas mujeres!) (Aparte.) El pobre Luciano estaba encantado, y tú... (Acercándose al grupo.)

TRIN. ¿Decía usted? (A Cástulo.)

CAST. Nada: déjeles usted. (Llevándosela á la izquierda.)

TRIN. ¿Se cansó usted de jugar al billar?

CAST. No juego nunca. Es un juego insustancial. Dar un golpe á una bola, para que ruede la bola!... ¿Cree usted, amiga mía, que el marfil, esa substancia noble, pura, elástica, con todas las dulzuras y delicadezas del tacto femenino y todas las repentinas energías del esfuerzo varonil; cree usted, repito, que el marfil ha sido creado para convertirse en bolitas y sufrir los tacazos de cuatro ociosos? ¡Ah, si lo supieran los elefantes, cómo cogerían el cielo con las trompas! Haga usted del marfil *figurillas artísticas*: haga usted *peines,* pongo por caso, que se hunden lascivos en la cabellera de una hermosa: todo, menos bolas de billar. Precisamente yo tengo en mi colección...

TRIN. Dispense usted: voy á buscar á mi hermano...

CAST. Iremos los dos. (Disponiéndose á acompañarla.)

TRIN. Muchas gracias. Le llama á usted don Joaquín. ¡Don Joaquín!... (Llamándole.)

CAST. ¿A mí?... Don Joaquín... (Volviéndose hacia él.)

JOAQ. (Yendo hacia él.) ¿Me llamaba usted?

CAST. No le llamaba... Pero da lo mismo; pongamos que le llamaba. (Apoderándose de don Joaquín.)

TRIN. (Se habrá acercado á Clara y Luciano y habrá hablado con ellos mientras se pronuncian las frases anteriores.) Conque hasta luégo.

CLARA. ¿Te vas ya?

TRIN. No: volveré... cuando pase el peligro. (Señalando á don Cástulo.)

ESCENA IV

CLARA y LUCIANO, á la derecha, hablando en voz baja; DON CÁSTULO y DON JOAQUÍN, á la izquierda.

CAST. ¡Qué nerviosas son las mujeres! No pueden estar quietas cinco minutos. Ni fijar su atención dos minutos. Ni escuchar medio minuto.

JOAQ. ¡Que no escuchan! No siempre. (Mirando de reojo á Clara que escucha con interés á Luciano que habla con mucha expresión.)

CAST. Será cuando les hablen de modas. Pero háblele usted de cosas serias: de mis colecciones, por ejemplo...

JOAQ. (Aterrado.) ¡Sí... ya sé... de aquellas colecciones!...

CAST. Pues bien: de ellas le hablaba á Trinidad. Usted me habría escuchado una hora seguida...

JOAQ. Puede ser que no.

CAST. Pues ayer me oyó usted tres horas: y me oyó usted sin respirar. Y bien, Trinidad, no ha querido oirme un insignificante lapso de tiempo.

JOAQ. ¡Qué dice usted!... ¡No ha querido!... ¡Que no ha querido oirle! ¡Imposible!... ¡Oyen ustedes!... ¡Oyen ustedes!... (Acercándose con grandes demostraciones de asombro á Clara y Luciano para que tomen parte en la conversación y escapar de don Cástulo.)

CLARA. ¿Qué dice usted, don Joaquín?

JOAQ. ¡Que á Trinidad no le divierte la Arqueología! Repítalo, usted, don Cástulo.

LUC. ¡Es posible!

CAST. Es posible. ¡Ah! no todos son como usted. (A Luciano.) Y á propósito: le he rogado á Luciano que almuerce mañana con nosotros. (Dirigiéndose á Clara.) Tengo que enseñarle dos ó tres adquisiciones. He encontrado una mayólica genovesa del siglo *diecisiete*, que se va usted á volver loco.

LUC. Lo creo. Su casa de usted, Clarita, encierra tesoros.

CAST. ¡Dígamelo usted á mí!

LUC. ¡Cómo los envidio, don Cástulo!

CAST. ¡Ya me lo figuro! (Riendo.) Pero son míos. Y he aumentado la galería egipcia de Amenhotep I y de Amenhotep II y de Amenhotep III. Eso no lo sabía usted.

LUC. (A Clara.) ¿No recuerda usted que Trinidad la espera?

CLARA. Es verdad. (Levantándose.) Nos espera para el tresillo de costumbre (A su marido.)

LUC. Dispense usted, don Cástulo. ¿Vamos allá? (A Clara.)

CLARA. Vamos.

CAST. ¿Pero positivamente os espera?

CLARA. Positivamente. (Sale con Luciano.)

JOAQ. A mí también me espera. (Queriendo irse.)

CAST. (Cogiéndole por el brazo.) No: á usted, no. Ya son cuatro. Pablo, Trinidad, Clarita y Luciano. Usted sobra.

JOAQ. Yo sobro en todas partes.

CAST. Nunca está usted de sobra conmigo.

ESCENA V

DON JOAQUÍN y DON CÁSTULO

CAST. Decía que mi colección egipcia es sencillamente maravillosa. Tengo unas veinte *figurillas híbridas*... así las llamamos... que cuando Luciano las vió creí que le iba á dar algo. Tengo el *hombre pájaro, el caballo con alas;* tengo *el buey-hombre*... ¡hombre! ¡se parece mucho á usted!

JOAQ. Muchas gracias.

CAST. Se las da usted al artista faraónico. Y pasando á la Asiria, ¿qué diría usted si viese mi colección de barbas de Adrammelech y de Sarasar el parricida? ¿Pues y la colección de tenacillas de la mujer de Assurbanipol? Con ellas, por capricho, le rizo yo algunas veces los añadidos á Clarita.

JOAQ. ¡Pero esos son refinamientos arqueológicos!

CAST. Y placeres de que no tiene usted idea. (Animándose.) El tiempo se encoge, las razas se mezclan, los siglos se confunden. Yo vivo entre todos los hombres que fueron, me codeo con ellos y nos tuteamos casi. «Dame las tenacillas Assurbanipol que espera mi mujer,» O bien: «dame el cepillo Nabopolasar, que tengo una mancha de barro en el pantalón!.» Con este lienzo se enjugó la frente Fidias: en estas zapatillas transpiraron los menudos piés de una reina mora. ¡Oh, grandezas de la historia; oh menudencias de la vida íntima, en mi casa os tengo por orden riguroso de clasificación! La *rueda* inmensa de lo épico engrana con el *piñón* insignificante de lo doméstico! ¿Qué más? En una vitrina tengo un peine con una maraña de pelos, que quizá sean de Assurnazirpal ¡Assurnazirpal, don Joaquín! Hoy, como vulgarmente se dice, y perdone usted la frase, ya que estamos en confianza: hoy *se le toma el pelo* á cualquiera; pero *tomarle el pelo á Assurnazirpal* en su trono de Nínive á treinta siglos de distancia, ¿comprende usted nada más grande?

JOAQ. Sí señor... (¡Hacer eso conmigo en el presente momento histórico!)

CAST. Tiene usted razón. Hay algo más grande. Porque yo le diré á usted...

JOAQ. Ahora no es posible...

CAST. ¿Por qué?

JOAQ. Porque vienen hacia aquí Mariana y Daniel.

CAST. ¿Y qué?

JOAQ. Que hay que dejarles solos, para que preparen la Arqueología del porvenir.

CAST. Es verdad.

JOAQ. Conque hasta luégo.

CAST. Yo también me voy con usted. La compañía de un hombre tan ilustrado es inapreciable para mí. (Salen por la izquierda.)

JOAQ. ¡Nabucodonosor! (Con acento desesperado.)

CAST. También tengo algo de Nabucodonosor.

JOAQ. Algo, no; mucho.

ESCENA VI

MARIANA; DANIEL, entrando por la derecha.

MAR. (Se echa á reir y sigue con la vista á don Cástulo y don Joaquín.) ¡Es gracioso! ¡muy gracioso!... ¡Já!... ¡já!... ¡já!

DAN. ¡Qué alegre se ha puesto usted de pronto, Mariana! ¿De qué se ríe usted?... Perdone usted; pero esa risa...

MAR. Tranquilícese usted, Daniel. No me río de usted. Me río de aquéllos. Sobre todo, de don Joaquín.

DAN. ¡De don Joaquín!

MAR. De mi buen amigo; de mi respetable protector; de mi querido don Joaquín.

DAN. ¿Por qué?

MAR. ¿No ve usted que se lo lleva don Cástulo? (Riendo.) Bajo el poder de don Cástulo, que le explicará... ¡qué sé yo lo que le explicará! ¡Hoy se vuelve loco don Joaquín!

DAN. ¡Y se goza usted en el tormento de ese buen señor que la quiere á usted tanto!

MAR. No me *gozo* en su tormento: me *río*: son cosas muy distintas.

DAN. Si trata usted así á sus amigos, ¿cómo trata usted á sus enemigos?

MAR. Lo mismo. Yo no encuentro gran diferencia entre unos y otros. Amigo... enemigo... todo depende, como diría don Cástulo, del momento histórico que se con-

sidere. Usted es hoy mi amigo: mañana será usted mi enemigo.

DAN. ¡Nunca!

MAR. Esa palabra es la más inútil del Diccionario. Por Dios, Daniel, no me venga usted esta noche con romanticismos que ya pasaron de moda, y déjeme usted reirme, sin malicia, de mi queridísimo don Joaquín, á quien pasea triunfalmente por mis salones don Cástulo, como antiguo conquistador pudiera llevarse tras su carro de guerra al rey vencido.

DAN. Ay, Mariana, no es don Cástulo el único que pasea por sus salones de usted, pobres esclavos encadenados á un carro triunfal.

MAR. ¿Hay otra persona que comete semejantes inhumanidades?

DAN. Me parece que sí.

MAR. ¿Y ese otro déspota soy yo?

DAN. Usted: y usted lo sabe.

MAR. Bueno: pues no quiero ser inhumana, ni déspota, ni cruel, ni llevar esclavos de acompañamiento: rompo la cadena y les doy libertad. (Se levanta como para marcharse.)

DAN. No, por Dios, Mariana: no se marche usted. La cadena no puede romperse. Y aunque usted la rompiese, el esclavo la seguiría á usted hasta el fin del mundo, ¡hasta el fin de la vida!

MAR. Esas exageraciones me ponen nerviosa, y además nos ponemos usted y yo en ridículo.

DAN. ¿Quiere usted que hablemos seriamente?

MAR. ¡Hablar *seriamente*! ¡Esa sí que es crueldad! Pero, en fin, hable usted; como usted quiera. (Sentándose.)

DAN. Mariana, ¿usted me quiere ó me odia? Yo no lo sé: dígame usted la verdad.

MAR. ¿Para quererme, si le quiero? ¿para odiarme, si le odio? (Riendo.)

DAN. ¡Para vivir... ó para morir; pero siempre por mí, Mariana!

MAR. ¡Qué pasiones tan profundas!

DAN. ¡No se burle usted!

MAR. Si no me burlo.

DAN. Pues respóndame usted con lealtad: ¿es odio, es amor?

MAR. (Acercándose á él y mirándole con coquetería y algo de ternura.) Pero si yo no lo sé. (Pausa: se miran algunos instantes.)

DAN. Tal vez dice usted lo que siente.

MAR. Yo soy muy franca.

DAN. ¿Pero por qué había usted de odiarme? (Con mucha dulzura.) Yo adoro á Mariana como se adora á los ángeles: yo pienso en usted día y noche con cariño infinito: si por acaso me llama usted, diciendo: «¡Daniel!» se extremecen todas las fibras de mi sér, como se extremecería un hombre á quien llamase su Dios. ¿Es esto motivo de odio? ¿Qué razón hay para que usted me aborrezca?

MAR. (Escuchándole casi con agrado.) Ninguna: pues ahí está la gracia. Un odio motivado es un odio melodramático: un odio sin causa es un odio artístico, refinadísimo, digno de usted y digno de mí, que somos personas de buen gusto.

DAN. ¿De modo que usted me odia?

MAR. Si usted se empeña, ¿qué he de hacer?

DAN. Mariana, Mariana, ¿por qué se goza usted en mi tormento?

MAR. ¿Lo sé yo acaso? Vamos á ver: discurramos juntos. Empecemos: hagamos... Arqueología: yo no le conocía á usted.

DAN. Ni yo á usted tampoco.

MAR. La casualidad hizo que nos viésemos.

DAN. La casualidad. Pasaba yo un día por la calle llevando á mi padre del brazo, porque el pobre estaba, y está, muy enfermo...

MAR. ¿Sufre mucho?

DAN. Mucho, Mariana.

MAR. ¡Pobre señor! Un día tomamos el coche y vamos á

verle. Su quinta está á dos ó tres leguas de Madrid, ¿no es verdad?

DAN. A lo sumo, ¡y cómo se lo agradecería á usted el pobre anciano!

MAR. Siga usted: pasaba usted con su padre, que iba tan envuelto en pieles que no pude verle: *á usted sí.* (Riendo.)

DAN. Y yo á usted. Era la vez primera que la veía.

MAR. La primera... ¿y cuándo será la última? ¡Quién pudiera penetrar en el porvenir! (Pensativa.)

DAN. ¿Desea usted que sea pronto?

MAR. No: con franqueza: no lo deseo. ¡Qué triste sería no verle á usted! (Con dulzura.)

DAN. ¡Mariana!

MAR. ¡Qué triste y qué aburrida la existencia sin una persona á quien...

DAN. ¿A quien *querer?*

MAR. ¡Qué presumido! No dije tal cosa.

DAN. Entonces, á quien *atormentar.*

MAR. Atormentar ó querer, da lo mismo.

DAN. Pues sea: acepto el tormento y el cariño.

MAR. Por ahora, basta con lo primero.

DAN. ¡Qué cruel es usted!

MAR. Acabe, acabe el romántico encuentro. Usted pasando con su señor padre, y yo en coche descubierto esperando á la puerta de una tienda, ¿no es eso?

DAN. Y yo mirándola á usted y pensando: «¡qué felíz sería si esa mujer me dirigiese una palabra: una sola palabra! ¡Oir su voz!

MAR. Pues desde entonces acá ha debido usted ser muy felíz, porque hemos hablado mucho.

DAN. Lo he sido.

MAR. ¿Y nada más ocurrió? Porque yo no recuerdo más.

DAN. Sí: una pobre niña, andrajosa, casi desnuda, con cara de hambre, le pidió á usted limosna.

MAR. Es verdad. ¡Niñas abandonadas!... (Se queda triste y pensativa.)

DAN. La miró usted con lástima, con simpatía, con cariño, y sus hermosos ojos de usted se empañaron con niebla de lágrimas. Le dió usted una moneda y las señas de su casa de usted, que yo oí claramente. Y pensé: «¡es muy buena!»

MAR. La prueba era terminante. (Burlándose.)

DAN. Levantó usted la vista, la fijó usted en mí y su fisonomía de usted había cambiado. Su primera mirada había sido como un rayo de sol que cae sobre una gota de lluvia y se hace iris. Su segunda mirada, era como ese rayo de sol que se desvía, y cae sobre un nubarrón negruzco, y se convierte en cárdeno reflejo. «¡Esa mujer es muy mala!» pensé sin quererlo.

MAR. Claro: había cometido usted una impertinencia y no pude contener el enojo. Llamó usted á la niña y le dió usted limosna, como diciendo: «yo también: *entre los dos* socorremos á este pobre sér: señora mía, ya hay un lazo que nos liga.» Eso pensó usted, y yo pensé: «¡qué impertinente es ese joven interesante!»

DAN. ¡Mariana!...

MAR. Sí, quéjese usted y sin querer le he llamado á usted, *interesante:* á poco más, *simpático.* (Riendo.)

DAN. Seré lo que usted quiera: déjeme usted acabar. Me informé y supe que era usted hija de un rico banquero, que había muerto en América. Busqué quien me presentase en su casa de usted...

MAR. Y yo le recibí muy bien: ¿no es cierto?

DAN. Es cierto.

MAR. Y después, por más que usted diga, no le he tratado mal. Le permito á usted que me hable de su cariño, que me acompañe á todas partes. Vamos, que por usted casi comprometo mi reputación.

DAN. Eso no, Mariana, Rogarla á usted de rodillas si es preciso, que sea usted mi esposa, no es comprometerla.

MAR. ¡Su esposa de usted!... (Riendo.) ¡Qué idea!

DAN. ¿Por qué no? Usted es rica... es verdad...

MAR. ¡Quién piensa en eso!

DAN. Pero yo también, aunque no tanto: usted es joven y hermosa...

MAR. Usted no es viejo y ya le dije antes lo que no repetiré ahora... (En broma.)

DAN. ¿Su posición es elevada? La de mi padre lo ha sido. ¿Anhela usted subir más? Yo subiré por usted. Me entrego á usted por entero, incondicionalmente. Mi vida, mi dicha, mi alma, mi honra, todos los pensamientos de mi cerebro, todos los latidos de mi corazón, hasta la última gota de mi sangre, todo para usted. ¡Para usted seré como un hermano, como un padre, como un esclavo, como un amante: todo! ¡Me dice usted: «adórame.» y me inclino de golpe para adorar más pronto, hasta estrellar la frente contra las piedras! Me dice usted: «bufón, diviértame,» y me cubro el cráneo de cascabeles. Me dice usted: «aquel sér me molesta,» pues mato, y soy asesino. Me dice usted: «ámame,» y ese día, si no tiene usted alma, moriré entre sus brazos; si tiene usted alma, morirá usted en los míos!

MAR. No tanto, no tanto, Daniel, que no estamos haciendo un paso de comedia. Y sabe usted, que si todo eso es verdad, ¡me quiere usted mucho! (Mirándole de cerca con curiosidad, interés y simpatía.) ¿Pero no cree usted, que esas cosas se habrán dicho muchas veces en este mundo y que casi siempre habrán sido mentira? (Volviendo á dudar.)

DAN. En mis labios no lo son, Mariana.

MAR. Mire usted, mentira ó verdad, ha dicho usted todo eso con tanto fuego, con acento tan profundo, que *provisionalmente* lo creo. No me interrumpa usted. Esta noche quiero que estemos de buen humor, que seamos felices: *provisionalmente* felices. ¡Mañana, Dios dirá! (Previniendo otro movimiento de Daniel.) No me interrumpa. Lo que me ha dicho usted me ha llegado al alma: al fin soy mujer, ¡y á las mujeres se nos engaña con tan poco! También siento ansias de querer.

¿Cree usted que no? También agradezco el cariño que me tienen. ¡Y quererse mucho debe ser una dicha muy grande! ¿no es verdad? ¡Pensar que un hombre bueno, generoso, bravo y de talento se muere por una! «¡Yo le puedo hacer reir, yo le puedo hacer llorar!» Esto agrada. Tener el corazón de un sér tan fuerte y que vale tanto como usted, *entre las manos* como quien dice: entre estas manos tan chiquititas, tan débiles: y aprieto y le ahogo el corazón: y le acaricio y palpita enloquecido. ¡Y nadie en el mundo puede hacer con la felicidad de ese hombre lo que yo! Eso, créame usted, Daniel, eso enorgullece. Al ver en usted tanto amor, tanta abnegación, tal abandono de su existencia á la voluntad de esta pobre mujer, yo siento tentaciones de pagar su cariño, con otro cariño igual... no, ¡mayor! ¡A mí nadie me vence cuando me pongo á ser generosa! Siga usted, siga usted, que cualquier día no voy á poder dominarme y voy a decirle á usted como una loca: «¡Daniel, Daniel, te quiero con toda mi alma!» (En este parlamento hay verdad: en el fondo va sintiendo lo que dice, aunque á veces procura darle tono de broma: sobre todo al principio.)

DAN. ¿Pero usted siente todo eso que ha dicho? ¡Dios mío, si no lo creo! ¿Será verdad? (Con arranque de alegría.)

MAR. (Volviendo á la coquetería y conteniéndole en su arrebato.) Una verdad *provisional*: una verdad *hipotética*: por esta noche: mientras duren estas emociones. Cuando pasen, que sé yo lo que pensaré y lo que diré.

DAN. Conseguirá usted que me vuelva loco.

MAR. ¡Válgame Dios, que nada le contenta á usted! ¡Yo, que estaba tan alegre! Como hace mucho no me sentía. Me imaginaba que era una niña traviesa... y hasta tenía mis proyectos... ¡locuras!... Pero á mis proyectos y á mis locuras *le asociaba á usted*. (Con acento mimoso, con ternura casi.)

DAN. ¿De veras? ¡Ay, Mariana!... ¡Vengan esas locuras y lancémonos los dos en ellas!

MAR. No: ya no: me ha puesto usted triste. (Fingiendo tristeza mimosa.)

DAN. Perdóneme usted: olvide usted mis impertinencias. A ver: á ver... dígame usted qué proyectos eran.

MAR. Eran proyectos para esta noche. (Con misterio.)

DAN. No comprendo.

MAR. ¡La noche es la gran encubridora de calaveradas! La luz del sol es *juiciosa*: las sombras nocturnas son traviesas. Y yo... ¿lo digo?...

DAN. Sí, Mariana.

MAR. Esta noche se da en el Real un gran baile de máscaras: baile de beneficencia. Y yo pensaba: un capuchón, una careta y del brazo de Daniel, á mi palco.

DAN. Los dos.

MAR. (Corrigiendo la impertinencia de Daniel, pero sin darse por entendida.) Con Clarita y con Trinidad. Ya hablé con ellas, y por si acaso todo está dispuesto.

DAN. (Con cierto recelo.) ¿Y quién más?

MAR. Luciano dando el brazo á Clarita. Don Cástulo (Riendo.) conduciendo con toda solemnidad á Trinidad. Y conmigo... ya dije quién: es decir, si usted se digna.

DAN. ¿Nadie más?

MAR. Con nadie más contábamos.

DAN. ¿De modo que don Pablo?...

MAR. En don Pablo no pensé... á menos que usted no me desairase.

DAN. ¡Qué cruel es usted... ¡No, qué buena!... ¡un ángel!... ¡así, así se portan los ángeles!

MAR. ¿Los ángeles van al baile del Real con capuchón y careta? No lo sabía. (Riendo.)

DAN. Sí, señora; y del brazo de Daniel.

MAR. ¡Qué tunantes!

DAN. Pues vamos allá: ¡es muy tarde, Mariana; es muy tarde!

MAR. Hay tiempo. Y tenemos que arreglar muchas cosas. Por ejemplo: mi *cavalier servente* há menester *una divisa*. ¿Será buena divisa esta flor? (Quitándose una que lleva al pecho.)

DAN. Con esta flor... (Tomándola con ansia y procurando ponérsela en el frac, pero sin conseguirlo.)

MAR. Sí: ya lo sé. ¡Con esa flor escala usted el cielo ó baja á los profundos! Todas esas empresas es usted capáz de realizar. Lo que no hace usted es ponerse la flor... si yo no le ayudo. (Burlándose.)

DAN. ¿Y usted querría?...

MAR. ¿Ayudar á mi *caballero?*... ¿Por qué no?... Es obligación de la dama y es obra de misericordia. (Poniéndole la flor.)

DAN. ¡Misericordia, Mariana!

MAR. ¡Me parece que más misericordia!...

DAN. No está todavía... no ha quedado firme... (Para que no se separe de él.) se va caer...

MAR. Sí... sí... quedó muy firme. Y ahora juicio, que viene don Pablo.

ESCENA VII

MARIANA, DANIEL y DON PABLO

DAN. ¡El diablo cargue con don Pablo! ¡Qué harán estos militares en los salones! ¡Al campo, al campo del honor, á morir con gloria! Para eso están y no para distraerme á Mariana.

PABLO. ¿Permite usted que me acerque? (A Mariana.)

MAR. Se lo permito y se lo ruego. Y le ruego á usted que se siente aquí, á mi lado. (Se sientan los dos. Daniel en pié.)

PABLO. ¿Pero mi conversación le es á usted grata?

MAR. ¡Por Dios, general!... Usted sabe que sí.

PABLO. Yo no sé decir galanterías.

MAR. El verdadero afecto no está en los labios.

PABLO. Está en el corazón.

DAN. Cuando el afecto no es muy grande, allá se queda. Cuando rebosa... por los labios rebosa.

MAR. Según y conforme, Daniel: depende del tamaño del vaso: cuando es pequeño rebosa pronto.

PABLO. ¡Bien dicho!

MAR. Bien dicho... pero está bien dicho, porque ha sido en defensa de usted. (A don Pablo.)

PABLO. Gracias, Mariana.

DAN. No es papel muy lucido el de un militar que necesita que le defiendan.

PABLO. Aquí necesito y acepto la defensa de Mariana; fuera de aquí me defiendo yo solo como puedo.

MAR. ¡Muy bien dicho!

DAN. Pues yo digo... (Con ímpetu.)

MAR. Usted no dice nada. Usted se da por vencido. Porque lo fué y en su propio terreno.

PABLO. Si me declara usted vencedor, ¡qué mayor gloria!

DAN. Si me declara usted vencido, ¡qué mayor vencimiento!

MAR. Pero toda victoria necesita un trofeo. (Buscando en el pecho la flor que le dió á Daniel.) ¡Ah!... pensé que llevaba una flor...

DAN. Es ésta, Mariana.

MAR. Es verdad: no me acordaba. Para el general escogeré yo una. (Se acerca á un ramo y escoge una flor.) Tome usted, general.

PABLO. ¡Mariana!... (Procura ponerse la flor, pero también anda torpe.)

DAN. (¡Ah!... á él no se acerca... á él no le pone la flor.)

MAR. ¿No puede usted, general?

PABLO. Soy muy torpe.

DAN. (Sin saber lo que dice y para evitar que Mariana le ayude á don Pablo, se acerca con mucha solicitud á éste.) Si usted no puede, yo le ayudaré.

PABLO. (Mirándole con extrañeza.) Gracias: puedo yo.

MAR. (Riendo.) ¡Qué ocurrencia!... (Aparte á Daniel.) (Para ponerse en ridículo no hay como un enamorado.)

DAN. (Aparte á Mariana.) (Antes de que se acercase usted á ponerle esa flor, se la había hundido yo en el corazón con un hierro ó con un plomo.)

MAR. (¡Alta tragedia!)

PABLO. Ya está.

DAN. (Con acento burlón.) Nueva victoria del general: costó trabajo; pero ha vencido, y esta vez sin la ayuda de Mariana.

PABLO. Las más hermosas y las que más se saborean son las victorias que cuestan mucho.

DAN. Como no cuesten la vida.

PABLO. Por lo regular le cuestan la vida... al vencido.

DAN. No siempre. Antes lo fuí yo, según dijo Mariana, y lleno de vida estoy.

PABLO. Las escaramuzas no siempre son sangrientas.

MAR. Usted, general, no puede ni debe arriesgar su noble existencia en mezquinas escaramuzas, sino en batallas campales. Y aquí terminó la escaramuza. (Pablo y Daniel se inclinan respetuosos y guardan silencio.) ¿Quiere usted darme el brazo (Al general) y llevarme á donde esté Trinidad, que tengo que hablar con ella?

PABLO. Señora...

DAN. Y yo, ¿espero?

MAR. Como usted guste, Daniel.

DAN. Lo decía...

MAR. ¡Ah!... sí... es verdad... ¡Cómo tengo la cabeza esta noche! Sí, espéreme usted, Daniel. Volveré pronto. Tenemos un proyecto, general, que usted ignora.

DAN. ¡Es un secreto, Mariana!... (Con tono suplicante.)

PABLO. ¡Un secreto!

MAR. Pero ya se lo diremos á usted.

DAN. ¡Por Dios!...

MAR. Se lo diremos mañana. (Salen Mariana y el general.)

ESCENA VIII

DANIEL; DON JOAQUÍN, que viene como de huída y volviendo la cabeza por si le persigue don Cástulo.

DAN. ¡Esta mujer me volverá loco!

JOAQ. ¿Dices que *esa mujer* ha de volverte loco?

DAN. Sí.

JOAQ. Pues á mí ya me volvió loco *aquel hombre*.

DAN. ¿Quién?

JOAQ. ¡Don Cástulo! Traigo aquí dentro (Oprimiéndose la cabeza) á todos los egipcios, á todos los babilonios, ¡una Babilonia! y á todos los griegos, y á todos los romanos y á todos los bárbaros, ¡á los bárbaros sobre todo! Traigo todas las momias faraónicas y todos los esqueletos merovingios. Traigo... ¡ah!... traigo esta carta, al parecer urgentísima... (Mostrando una carta que trae en la mano.)

DAN. ¿Una carta?

JOAQ. Para tí. Viene de tu casa, á donde la llevaron ahora mismo. La llevó un criado de tu padre.

DAN. ¿De mi padre? (Cogiendo la carta con precipitación.)

JOAQ. Llegó hace un cuarto de hora en un coche, con orden de buscarte por todo Madrid sin perder momento, y de conducirte á la quinta.

DAN. (Leyendo.) ¡Válgame Dios!...

JOAQ. ¿Qué ocurre? ¿Se puso malo tu padre?

DAN. ¡Lo que yo temía! se prepara otro accidente: está alarmadísima mi hermana: que vaya al momento.

JOAQ. No te alarmes antes de tiempo. O no le dará el accidente, ó saldrá de éste como salió del anterior.

DAN. ¿Quién sabe?... De todas maneras tengo que ir sin perder un instante. ¡Pobre padre mío!...

JOAQ. Pues vamos... te acompaño y te dejo en el coche.

DAN. Sí, vamos... (Deteniéndose.) Pero antes debo despedirme de Mariana... ¡de Mariana!... ¡Ah, coincidencia maldita!

ESCENA IX

DANIEL y DON JOAQUÍN; MARIANA, por una puerta lateral con dominó ó capuchón y una careta en la mano: viene muy alegre y cariñosa.

MAR. Aquí me tiene usted, Daniel. ¡No he olvidado nuestro solemne compromiso! Trinidad, Clarita, don Cástulo y Luciano van á llegar. Pero usted no viene: (A don Joaquín.) ni don Pablo. La gente formal aquí se queda jugando al tresillo.

DAN. ¡Mariana!...

MAR. ¡Qué aspecto tan sombrío! ¿Está usted enojado? Don Joaquín, está enojado Daniel, y yo sé por qué ha sido. Presume que he estado excesivamente amable con don Pablo. ¡Pobre Daniel!

DAN. ¡Mariana!...

JOAQ. (Paseándose por el fondo.) (¡La reconciliación trescientas sesenta y cinco y hace un año que se conocen!)

MAR. (Le mira unos instantes, después se acerca y dice con voz algo conmovida.) No sea usted celoso: si algún día llego á enamorarme... no respondo de que llegue ese día, ¿eh?... pero si llega, sólo será de un hombre: sólo de un hombre que yo sé.

DAN. ¿De quién? (Con ansia.)

MAR. (Pausa: se miran.) Vamos al Real, y en el palco se lo diré á usted.

DAN. (Con desesperación) ¡No puedo!

MAR. (Con disgusto.) No comprendo.

DAN. Acabo de recibir esta carta... mi padre está enfermo... debo salir ahora mismo para su quinta. Me detuve para despedirme de usted. Perdóneme usted, Mariana.

MAR. Lo siento mucho... Es natural: no puede usted acompañarme.

DAN. Me espera acaso la muerte... ¡y llevo la muerte en el alma!

MAR. No, Daniel: lo primero es lo primero. ¿Y está muy enfermo su padre de usted?

DAN. Me escriben con el temor de que repita el accidente.

MAR. ¿Pero todavía no son más que temores?... Vamos, menos malo.

DAN. Nada más que temores... pero usted comprende...

MAR. Ya lo creo. ¡Si es muy justo! Si es muy natural que usted se alarme... y que se marche dejándolo todo... á mí y al mundo entero.

DAN. ¡A usted!... ¡No diga usted eso!... ¡Es que la casualidad tiene la intención más cruel y más certera! ¡Dejar á Mariana!...

MAR. Ea, basta: no se hable más: vaya usted, vaya usted, Daniel... y que no sea nada.

DAN. Mariana...

MAR. Los padres son sagrados. ¿Qué no hubiera yo dado por mi madre? ¿Qué no sacrificaría á su memoria? ¡Dichas, placeres, amores!... ¡la vida! ¿Y usted duda, Daniel? (Con emoción profunda.) Acuda usted pronto á su padre ó creeré que es usted como todos los hombres... ¡egoístas! (Con sequedad, casi con desprecio. Pausa: después de mirar á Daniel.) Don Joaquín, ¿quiere usted decir lo que ocurre á don Pablo... á ver si es tan amable que se presta á ser mi acompañante?

DAN. ¡Mariana!

JOAQ. Con mucho gusto. (Sale.)

ESCENA X

MARIANA y DANIEL

MAR. ¿Pero no va usted? (Arreglándose el traje con indiferencia ó mirándose al espejo.)

DAN. Mariana... no vaya usted al Real.

MAR. ¡Daniel!...

DAN. Perdone usted... sé que es un atrevimiento.

MAR. No le daré ese nombre... pero es una niñada. No está usted en su juicio.

DAN. Locura, niñada... ¡lo que usted quiera!... pero yo se lo ruego con toda mi alma. ¡Ese capricho vale tan poco! ¿Qué le cuesta á usted complacerme? ¡Y yo sufro tanto! ¡sufro tanto! ¡Celos!... ¡ira!... ¡envidia!... ¡envidia de ese hombre!... ¡hasta de mi padre me olvido!... ¡No vaya usted!

MAR. No insista usted. No tiene usted derecho para esclavizarme. Lo que empezó por niñería, concluirá por impertinencia.

DAN. Pues no vaya usted con don Pablo.

MAR. ¡Después de rogarle que me acompañe! Por Dios, ¿quiere usted ponerme en ridículo? Estas cosas no pueden hacerse, Daniel. Y que le estimo á usted, y que tomo en cuenta su disgusto y su estado de excitación, lo prueba la docilidad con que le doy explicaciones... que á decir verdad eran innecesarias. (Sigue arreglándose.) Usted á cumplir sus deberes de hijo: yo, á cumplir otros deberes .. deberes sociales.

DAN. ¡Deberes!... ¡Un capricho!... ¡Un capricho insustancial!...

MAR. Pues á cumplir *mi capricho*. Qué quiere usted, soy *tan egoísta* y *tan perversa*, que les doy más importancia á mis caprichos que á los de usted.

DAN. ¡Por última vez!

MAR. Basta.

ESCENA XI

MARIANA; DANIEL, por una puerta lateral, CLARA y TRINIDAD, con dominós ó capuchones; DON CÁSTULO y LUCIANO. Después por el fondo, DON JOAQUÍN y DON PABLO. Los primeros entran riendo y hablando.

TRIN. ¿Estás dispuesta? (A Mariana.)

CLARA. ¿Partimos ó no partimos?

MAR. En cuanto llegue don Pablo. (Las tres señoras hablan aparte.)

CAST. ¡Pues si yo lo hubiera sabido! Tengo una colección de caretas venecianas...

LUC. ¡Me las figuro!...

CAST. ¿A que no sabe usted cuál fué la primera careta que se usó?

LUC. No lo sé. (Separándose de él: don Cástulo le sigue.)

CAST. Pues yo se lo diré.

CLARA. (A Daniel.) ¿Conque no puede usted acompañarnos? ¡Qué lástima!... Sobre todo por la causa.

TRIN. ¿Pero es cosa de cuidado? (A Daniel.)

DAN. No lo sé.

MAR. Es de creer que sea una falsa alarma. Pero no se detenga usted por nosotras. Deje usted á estas cabezas sin seso entregadas á sus locuras. Aquí viene don Pablo. (Saliéndole al encuentro.) ¿Conque quiere usted acompañarnos... y acompañarme?

PABLO. Por ir con usted, ¿á dónde no iría yo?

MAR. ¡Siempre tan bueno! ¡siempre tan amable! ¡Estos son sacrificios! ¡Una persona como usted tomar parte en nuestras travesuras! ¡Gracias, general: gracias!... Adiós, Daniel: deseo sinceramente que halle usted bueno á su señor padre. Es posible que al volver no me encuentre usted, porque pienso ir por unos días á la Granja. ¿Querrá usted acompañarme allá, don Pablo?

PABLO. Soy militar y la obediencia á los *superiores* es de ordenanza. Soy caballero y la obediencia á una dama es ley de galantería.

MAR. ¡Esto es rendimiento! Aprendan ustedes. Adiós, don Joaquín. Adiós, Daniel: felicidades. Hasta la vista... cuando sea. (Dándole la mano.)

DAN. ¡No quiero que usted vaya! (En voz baja y dura.)

MAR. (¡Daniel, por Dios!) En marcha... el brazo. (A don Pablo, apoyándose en él.) Pasen, pasen... (Llegando todos á la puerta.)

CLARA. ¡Al Real y á la cena!

TRIN. ¡A la cena y al champagne! (Salen Clara y Trinidad.)

MAR. ¡En avant! ¡le drapeau est engagé! ¡Condúzcanos usted á la victoria, mi general!

PABLO. ¿Y dónde está la victoria?

MAR. ¿Y un héroe lo pregunta? Donde se vence. (Salen.)

CAST. (A LUCIANO.) Pues á mí no me vence nadie en máscaras, mascarillas, mascarones, caretas y carátulas.

LUC. ¡Lo creo! (Salen.)

ESCENA XII

DANIEL y DON JOAQUÍN

DAN. ¡Yo no puedo! .. ¡yo no la dejo!... ¡Mariana!

JOAQ. Tú no puedes faltar á tu deber. ¡A donde te llama tu obligación de hijo!

DAN. ¡Pero esa mujer!

JOAQ. Es una mujer: y tu padre es tu padre.

DAN. ¡Una mujer que será mi condenación! No tema usted. Ahora, á donde mi padre sufre. Después, á donde ella goza. Después... después... ¿qué sé yo?... ¡qué sé yo en qué abismo rodaremos juntos!

JOAQ. ¡Pobre Daniel!

DAN. ¡Volveré, Mariana!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa otro salón del hotel de Mariana, distinto del de el primer acto. Adornado con lujo. En el fondo dos puertas que dan al jardín. Es de día: la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

CLARA, TRINIDAD y LUCIANO

TRIN. Es decir, que todos traemos á esta visita *nuestro objetivo*, como dice Pablo cuando habla de la guerra.

CLARA. Todos.

LUC. ¡Todos! (Mirando á Clara.)

CLARA. ¿Cuál es el tuyo, (A Trinidad.) si puede saberse?

TRIN. Ya te lo indiqué antes, y para tí, ni mi hermano ni yo tenemos secretos. Soy *ministro plenipotenciario* y vengo en representación *del general*. (Con misterio.)

CLARA. Comprendido. A pedir solemnemente la mano de Mariana.

TRIN. Todavía no: son negociaciones preliminares. Mi hermano no puede exponerse á un desaire, y antes del *acto oficial*, es preciso que Mariana me diga con franqueza cuál es el estado de su ánimo. Ella distingue

mucho á Pablo: le respeta, le admira, le demuestra simpatías excepcionales... tú no puedes figurarte *qué amable* estuvo con mi hermano los ocho días que pasaron en la Granja. En otra mujer hubiera sido tanto como decir: *declárese usted*: en Mariana... no sé.

LUC. También demuestra grandes simpatías por Daniel.

TRIN. Daniel no estuvo en la Granja.

LUC. Porque estuvo cuidando al señor de Montoya... hasta que pasó el peligro. Peligro allá de quedarse sin *padre;* peligro aquí de quedarse sin *novia* La vida está sembrada de peligros, ¡y qué cosecha da esta siembra!

TRIN. Daniel no es para Mariana más que un juguete: una distracción. Desengáñese usted (A Luciano.) si le quisiese no le martirizaría como le martiriza. A veces da lástima.

CLARA. Pero si Mariana es tan cruel, si tan mala opinión tienes de nuestra buena amiga, ¿por qué la aceptas para esposa de Pablo?

TRIN. No, hija: si esto no es tener mala opinión de Mariana. ¡Por Dios! ¿una mujer ha de ser mala porque atormente á un hombre? ¡A dónde vamos á parar! Es tomar por anticipado la revancha de lo que ha de hacer su esposo con ella. (Riendo.)

CLARA. Ya lo oye usted. (A Luciano.)

LUC. Muchas gracias en nombre del sexo. (A Trinidad.)

TRIN. ¿De qué sexo?

LUC. Del mío: del sexo fuerte.

TRIN. No lo decía por usted.

CLARA. Pobre Luciaao. No le atormentes tú: bastante le atormenta mi esposo. (Riendo.)

LUC. ¡Ay!!... ¡Ay! Don Cástulo.

TRIN. Además, si hay hombres tan poco dignos y tan pusilánimes que se dejan atormentar... ¡*allá ellos!* ¡A que Mariana no trata así á Pablo! Y si llegan á casarse, Pablo *será el amo*. Respetuoso, pero enérgico; amante, pero... poco sufrido; y las coqueterías... acabaron.

CLARA. Es verdad. Don Pablo, en todo caso, sería *el médico de su honra.*

LUC. (En voz baja á Clara.) (Lo fué ó estuvo á punto de serlo con su primera mujer, según se cuenta.)

CLARA. (Silencio.)

LUC. Nada, que el general es una gran persona y un heróico general; pero como marido... (Prefiero al arqueólogo.)

TRIN. Yo, querida Clarita, ya te confié mi secreto. Y á tí, ¿qué te trae hoy al hotel de Mariana? Hoy no es día en que la dueña reciba.

CLARA. También vengo como embajadora.

TRIN. ¿Y usted? (A Luciano.)

LUC. Vengo como *attaché* á la embajada.

CLARA. Pero el asunto que me trae no es tan transcendental como el tuyo. *Cástulo* inaugura dentro de unos días su *salón de antigüedades mejicanas* y quiere solemnizar el acto dando un almuerzo á sus amigos íntimos. Vengo á invitar personalmente á Mariana: mi esposo habrá ya invitado personalmente á don Pablo: y á tí te invitamos los dos... A los demás... por papeletas. ¡Hija, todavía hay clases! (Riendo.)

TRIN. ¡Siempre tan amables!

LUC. Y tan arqueólogos.

CLARA. ¡No sea usted ingrato con el pobre Cástulo! ¡Antes que á nadie le ha enseñado á usted el *salón mejicano*! ¡Si para usted no tiene nada reservado en casa!

LUC. Es verdad: por eso mi gratitud será eterna.

TRIN. ¡Pero esta Mariana que no vuelve! (Impacientándose.)

CLARA. Nos dijeron que había salido en coche á dar una vuelta por el Retiro. Como hoy no recibía... y como, según me contó la doncella, había estado la pobre Mariana muy nerviosa y muy triste... quiso sin duda explayarse.

LUC. Mariana no es felíz. ¡Ay! ¡nadie es felíz!

TRIN. Con su carácter no es fácil. Necesita casarse, créanme ustedes. Un marido de aplomo y de juicio que ponga

orden en aquel cerebro caprichoso, irregular, descompuesto.

LUC. Para eso no hay como la *disciplina militar*.

CLARA Según me ha referido Cástulo, que la conoció muy niña... ¡desde chiquitilla era un sér muy extraño! .. y luégo los disgustos de familia...

LUC. Algo he oído también. Parece que la madre de Mariana...

CLARA. Eso es...

TRIN. Cuenta, cuenta.

CLARA. Hija, yo sé muy poco: lo poco que me ha contado Cástulo, y Cástulo no se entera bien sino de lo que pasó hace dos mil años. Para las cosas del día... en Babia.

TRIN. Pero algo te habrá dicho.

CLARA. Parece que la madre de Mariana sufrió mucho con su señor esposo... ¡que fué *de oro*!

LUC. Como que dicen ustedes que era banquero.

TRIN. Y al fin la madre de Mariana... ¿eh?

CLARA. ¡Era muy buena! ¡muy buena!.. ¡un ángel!

TRIN. ¿Y qué más?

CLARA. Pues Cástulo no sabe más. Por aquel tiempo tuvo que hacer un viaje de exploración á las ruinas de Babilonia... ó de Troya... no sé: estuvo ausente tres años y á la vuelta se encontró conque la madre de Mariana había muerto.

TRIN. ¿Y es eso todo?

CLARA. Oyó Cástulo hablar de un escándalo, de una fuga á Londres, pero todo esto de una manera vaga. Marianita ya tenía once años y llamaba la atención por su divina hermosura y por su profunda tristeza. Dice Cástulo que la niña era una *Niobé* chiquitita.

TRIN. ¿Quién era Niobé? (A Luciano.)

LUC. Niobé... Niobé... Me lo ha explicado varias veces don Cástulo, pero no me acuerdo. Algo así como *el dolor petrificado*.

CLARA. ¿No han oído ustedes un coche? Debe ser Mariana.

LUC (Asomándose al jardín.) Sí: es ella.

ESCENA II

TRINIDAD, CLARA y LUCIANO; MARIANA, por el fondo.

MAR. Pero ¡por Dios! ¿por qué no me avisásteis?...

TRIN. Que más da.

CLARA. Me ocurrió venir á última hora...

MAR. Adiós, Luciano.

LUC. Siempre á sus piés.

MAR. Yo no podía sospechar que viniéseis. Anoche en nada quedamos.

TRIN. En tu casa se espera bien y á gusto.

MAR. ¡Válgame Dios! ¿y habréis esperado mucho?

CLARA. No: media hora á lo sumo.

MAR. Pues yo me aburría. No estaba buena. Y salí por salir. Para cambiar de postura, como los enfermos.

TRIN. ¿Pero es que estás enferma?

MAR. No, realmente no estoy enferma. Pero ¿qué sé yo?... Amaneció el día triste... sin luz... sin sol... Yo necesito mucha luz, torrentes de luz. La oscuridad, ¡qué cosa tan rara! me pone nerviosa. Lo contrario de lo que á todo el mundo le sucede.

LUC. ¿De modo que no podría usted vivir en Londres?

MAR. ¡Londres!.. (Conteniéndose) ¡Ah! ¡no me hable usted de Londres!... (Riendo con risa algo forzada.) ¡Antipático, irresistible, odioso! ¡Créanme ustedes: odioso!... ¡Aquella niebla! ¡aquella tristeza! ¡Mucha gente! ¡y nadie! ¡Mucho ruído! ¡y en el alma silencio! ¡Mucha vida! ¡y al lado la muerte! ¡Oh! no he vuelto á Londres: no volveré nunca. ¡Dominada á pesar suyo por recuerdos dolorosos.)

CLARA. ¿Cuándo estuviste?

MAR. (Como despertando de pronto.) ¿Cuándo?... ¡Ah! sí: cuando era muy niña.

TRIN. ¡Sin embargo, bien lo recuerdas!

MAR. La memoria de los niños es prodigiosa. Fuí de siete

años ó poco más: volví tres años después. Pero no hablemos de Londres. (Cambiando de tono.) Hablemos de Italia, de África, de Asia .. (Fingiendo alegría.) Mira, tengo que robarte á tu esposo (A Clara.) y tenemos que hacer un viaje los dos solitos por Oriente! Figúrate que yo no sé una palabra de todas esas cosas antiguas que él sabe de *pe á pa;* y hazte cargo de que sin embargo, me gustan muchísimo. ¡Nada, Clarita, te robo á Cástulo y nos vamos los dos... caminando de cara *al sol que nace*!

LUC. Buena idea, sí: ¡róbenoslo usted y lléveselo muy lejos!

CLARA. ¡Ya veremos, ya veremos! No sé si daré mi consentimiento; por hoy vengo á pedir el tuyo.

MAR. ¿El mío?

CLARA. Sí. Déjame que exponga la misión diplomática que me trae. Te invito á nombre de mi esposo, y en mi propio nombre, á que nos acompañes á almorzar el domingo. ¡Gran solemnidad! Se trata de que inauguremos nuestro salón de *antigüedades mejicanas.* Seremos pocos, pero amigos íntimos: Trinidad, don Pablo, Luciano...

MAR. No sé... (Dudando.)

CLARA. Don Joaquín y Daniel.

MAR. (Cambiando de tono.) ¡Pues sí que acepto! Con alma y vida, y agradecidísima á vuestra atención. ¡Antigüedades mejicanas! ¡eso debe ser muy curioso!

CLARA. Pregúntaselo á Luciano.

LUC. ¡Ay! sí, señora, ¡lo es! ¡muy curioso!

MAR. ¿Y dices que el domingo?

CLARA. El domingo: faltan muchos días, pero he querido anticiparme para que no te comprometas con nadie.

MAR. ¡Pues el domingo! ¡Á las antigüedades mejicanas!

CLARA. Conque yo terminé la embajada y me retiro, para que Trinidad presente *sus credenciales.*

MAR. ¿También traes una misión?

TRIN. Especialísima. Pero no, hija, no te marches. (A Clara.)

MAR. Eso no: de ningún modo. Vais á tomar una taza de té, y luégo os quedáis á comer conmigo. Ni se replica, ni se discute.

CLARA. Como quieras.

LUC. Como usted quiera.

MAR. ¿Conque una misión? ¿y misión especial?

TRIN. Y reservada.

MAR. ¡Es curioso! ¡reservada! (En broma.)

CLARA. Por eso dije que nos retirábamos. (Señalando á Luciano.)

LUC. Por eso nos retirábamos.

TRIN. Digo que no. Yo me voy con Mariana á dar una vuelta por el jardín, y en él hablamos lo que tenemos que hablar. Necesito una decoración poética: *los árboles, las flores, las fuentes,* vendrán en mi ayuda.

MAR. Bien está, aunque no comprendo una palabra. Y cuando terminemos nuestra conferencia... *reservada,* les avisamos á ustedes, y vamos los cuatro á tomar esa tacita de té al invernadero. ¿Se aprueba?

CLARA. Aprobado.

MAR. (A Trinidad: se coge de un brazo y se dirigen lentamente al jardín.) Pues vamos allá. ¿Pero se trata de asunto tan solemne, tan poético, y tan reservado como dices?

TRIN. Tú lo verás.

MAR. Pues no adivino... (De sobra.)

TRIN. Se trata de mi hermano. (Con misterio.)

MAR. ¡Ah!... Un caballero perfecto y un amigo muy simpático.

TRIN. ¿Nada más?

MAR. En el jardín terminaremos la conferencia, porque si no... ya ves tú... ni es *solemne, ni poética, ni reservada.* (Volviéndose.) Hasta ahora. (A Clara y Luciano.)

ESCENA III

CLARA y LUCIANO

CLARA. ¿Aceptará Mariana?

LUC. No.

CLARA. ¿Por qué? El general ocupa una posición elevadísima: está casi en la fuerza de la edad: tiene mucho talento y fama de valiente. Hasta lo que se cuenta, *de si á poco más da muerte por celos á su primera mujer, le hace interesante.* (Bajando la voz.)

LUC. Lo dudo: si yo fuese mujer, no me casaría nunca con un Otelo.

CLARA. Pues no hay que dudarlo. Si Otelo *resucitase viudo,* antes de seis meses estaba casado. En suma, él, con toda su aparente frialdad, está loco por Mariana.

LUC. Y por las riquezas de Mariana.

CLARA. Por Mariana, por Mariana: no pensemos siempre en lo peor. Y ella está loca... verdaderamente loca...

LUC. Por Daniel.

CLARA. ¿Y lo demuestra atormentándole?

LUC. Quien atormenta, ama. ¡Ay, Clarita! atorménteme usted.

CLARA. (Riendo.) Cuando me ceda su turno Cástulo.

LUC. ¿Y cuándo se lo cederá á usted?

CLARA. No sé. Él está muy encariñado con su Luciano. ¡Dice que tiene usted un instinto para la Arqueología! ¡y una paciencia!...

LUC. ¿Y por quién tengo yo tanta paciencia?

CLARA. Por mí.

LUC. ¿Y por quién sufro?

CLARA. Por él.

LUC. ¿Y por quién me volveré loco?

CLARA. Por los dos. (Riendo.)

LUC. Pues no hablemos de locos, que ahí está Daniel.

CLARA. Es verdad: con su protector.

CRIADO. (Precediendo á don Joaquín y á Daniel.) La señora está en el jardín.

JOAQ. Bien, aquí esperaremos.

ESCENA IV

CLARA, LUCIANO, DANIEL y DON JOAQUÍN

JOAQ. ¡Tanto bueno! (Dando la mano á Clara.)

CLARA. Eso digo yo. (Volviéndose á Daniel.) Amigo Montoya...

DAN. Siempre á sus piés de usted, Clarita.

LUC. Felices, Daniel... don Joaquín... (Saludándose.)

JOAQ. Parece que Mariana pasea entre flores.

CLARA. Sí, señor.

LUC. Una flor más.

DAN. ¿Está sola?

CLARA. No.

DAN. ¿Con quién?

CLARA. Con Trinidad.

LUC. Entrevista *reservada*.

DAN. ¿Reservada?

CLARA. Así dijeron.

JOAQ. ¡Hola!... ¡hola!

CLARA. ¿Qué tiene usted, Daniel? ¿Está usted impaciente? (Daniel no cesa de mirar al jardín.)

DAN. No, señora. ¿Impaciente? ¿Por qué?

CLARA. ¿Su padre de usted se repuso por completo?

DAN. Sí, señora. Muchas gracias. Fué un susto... nada más.

LUC. ¿No viene nunca á Madrid?

DAN. Muy pocas veces. Se encariñó con su quinta, y de allí no sale. Lo mismo le sucedió con la de Sevilla. Pasó en ella dos años seguidos. Allí tenemos casi un *museo arqueológico*, y en antigüedades mejicanas no nos aventaja don Cástulo. Mi padre fué también muy aficionado á coleccionar objetos *de fecha remota*.

CLARA. En cambio usted no sale de Madrid: le gustan los objetos de fecha reciente. (A Daniel.)

JOAQ En la juventud nos gustan las grandes capitales: amor á la vida. En la vejéz nos gusta el campo: amor al reposo. ¡La madre tierra que nos llama! Parece que el follaje movido por la brisa, la corriente rizada por la espuma, el sol filtrándose por entre las hojas y cayendo sobre la yerba en redondeles de luz, son algo así como sonrisas y cariños de la madre común que dice á sus hijos: «*ven á mí, niño de los cabellos blancos, que ya te he mullido tu cunita de tierra.*»

CLARA. No diga usted cosas tristes, don Joaquín.

LUC. Entre don Cástulo con su Arqueología, usted con su eterna elegía y Daniel con su melancolía... la verdad es que se siente uno *en la agonía.*

CLARA. ¡Ave María!

JOAQ. Pero si no digo cosas tristes.

CLARA. Tristes deben ser, porque mire usted cómo está Daniel. No aparta los ojos del jardín.

LUC. La madre-tierra que le llama. Y si no es la madre-tierra será la madre-naturaleza.

CLARA. No sea usted *intencionado,* Luciano.

CRIADO. La señora, que pueden pasar cuando gusten al invernadero: van á servir el té. (Se retira.)

CLARA. ¿Vamos allá, Luciano?

LUC. Con usted voy yo... no digo á ese jardín delicioso, sino al *salón mejicano* de don Cástulo.

CLARA. ¿Vienen ustedes? (A don Joaquín y á Daniel.)

JOAQ. Dispense usted: tengo yo también que hablar reservadamente con Mariana y la esperaré aquí.

CLARA. ¡Hoy es día de conferencias reservadas! ¿Se lo anuncio á Mariana?

JOAQ. Si es usted tan buena...

CLARA. Con mis amigos lo soy siempre. (Se dirige al fondo con Luciano.)

LUC. Y nosotros no conferenciaremos con toda reserva...

CLARA. Será de paso, porque nos aguardan.

LUC. ¡Un paso de pasión! (Salen.)

ESCENA V

DON JOAQUÍN y DANIEL

DAN. ¿Va usted á decir algo á Mariana? ¿No desiste usted de su proyecto?

JOAQ. No. Mi resolución es irrevocable.

DAN. Pues sea. Présteme usted las fuerzas que me faltan. (Daniel cae en un sillón. Don Joaquín se acerca á él cariñosamente.)

JOAQ. Te quiero como si fueses mi propio hijo. ¡Fuiste el compañero, el amigo, el hermano casi de mi pobre Fernando! ¡Mi pobre Fernando!... Y al morir me dijo: «cuída de Daniel. Su padre está tan enfermo que es como si no existiese. Ya que no tiene padre, has de serlo tú » Y lo soy.

DAN. Un padre: un amigo: un ángel que siempre acude á salvarme.

JOAQ. ¡Un angel de setenta años! ¡y con muchas canas! Pero en fin, más viejos, aunque sin canas, son los ángeles del cielo. Mariana es tu *ángel malo:* yo seré tu *ángel bueno.*

DAN. No: Mariana no es mala. Haga conmigo lo que quiera, Mariana no es mala.

JOAQ. Yo sé lo que es Mariana: la conozco hace muchos años. Sí, en el fondo es buena, noble, altiva, pura; pero con ser tan buena, es peligrosa. Una de esas mujeres que desquician un cerebro, que hacen saltar un corazón; que reciben todas las mañanas un beso amoroso de la diosa de la locura; que se te acercan llevando en una mano la felicidad, en la otra la desesperación, y que no se sabe, y ellas mismas lo ignoran, ¡qué mano van á darte!

DAN. ¿Pero ella me ama?

JOAQ. No lo sé. Creo que sí; pero no lo sé.

DAN. Pues si me quiere, venga el vértigo, la locura, la

desesperación... ¡qué me importa! Pero que me lo diga, que yo lo sepa y no me quejaré nunca.

JOAQ. ¡Cómo estás, pobre Daniel!

DAN. Mire usted, dou Joaquín, la duda es la que me mata. ¡A veces siento impulsos de estrujar el cuello gentil de Mariana entre mis manos nerviosas! Sentir las últimas contracciones de sus labios! ¡beber su último aliento¡ ¡Y pensar: «ea, no murió sin besarme!...» No diga usted nada: ya sé que estas son locuras.

JOAQ. No: si me alegro de que me hables de ese modo. Pues hoy acaba todo. Ó te casas prosáicamente con ella, ó te alejas de ella para siempre.

DAN. ¿Separarme de ella? ¡jamás!

JOAQ. Eres un hombre y has de portarte como un hombre de carácter y de corazón. *O con ella*, como dueño y señor absoluto, ó á mucha distancia de ella; que no se goce viéndote penar. (Con enojo.) Poco á poco: yo también tengo mi carácter y puedo hablar muy alto á Mariana. Y esa mujer, has de saberlo, tiene obligación de escucharme: ¡Hola, hola! (Mirando hacia el jardín como para desafiar á Mariana.) ¿Tú conoces la historia de su familia?

DAN. La conocí á ella hace un año y me parece que la he conocido toda la vida. De su familia, ¿qué me importa?

JOAQ. Pues en su familia hubo horas muy negras; y en aquellas horas estuve yo al lado de la pequeñuela Mariana .. y también al lado de su madre... Vamos, yo te digo que tendrá que oirme, que tendrá que respetarme, y si no fuera su carácter como es, casi podría decir, que tendrá que obedecerme.

DAN. Ella, no obedece.

JOAQ. ¿No? pues su miedecillo tendrá á estas horas. ¿A que si le dijo Clara que la espero, y que tenemos que hablar, no está muy tranquila? ¿Qué apuestas, á que les deja á los otros y viene á buscarme? Te digo que dentro de aquella cabecita danza esta idea con su correspondiente temblorcillo. «¿Para qué querrá hablarme

don Joaquín?» (Riendo de antemano del miedo que supone en Mariana.) ¡Que me teme! ¡vamos, que me teme!

DAN. Ella no teme á nadie: ni debe temer á nadie. ¿Pues no estoy yo para defenderla? (Con pasión.)

JOAQ. ¡Mire con lo que sale! Tú eres un pobre diablo y un tonto por añadidura. No lo fuiste, pero lo eres. ¿Sabes tú cómo se fabricó el primer tonto que hubo en el mundo? Pues primero *se fabricó un enamorado:* eso es fácil. Se puso *al enamorado* delante del objeto de sus tiernas ansias; y es claro, se quedó como un bobalicón, sin decir más que «¡te quiero tanto! ¡te quiero tanto! ¡te quiero tanto!» y á fuerza de repetir ¡*tanto... tanto... tanto*!... resultó *tonto.*

DAN. ¿Ve usted cómo no viene? (Mirando al jardín.)

JOAQ. (Mirando también y después de una pausa.) ¡Ves cómo viene!... ¿No te lo decía? Ya verás, ya verás cómo amanso yo la fierecilla. Y ahora te vas al jardín, te pones delante del primer tronco que encuentres, te figuras que es Mariana, y hasta que yo te avise te estás repitiendo «¡tonto... digo, tanto, tanto, tanto!... Ea, pronto.

DAN. ¡Qué hermosa!...

JOAQ. ¿Me dejas libre el campo ó no?

DAN. Sí: tiene usted razón: es preciso acabar. (Sale por la izquierda del jardín.)

JOAQ. ¡Ahora veremos, Marianita! Voy á reñir contigo la gran batalla! ¡Ah! corazón de oro, carácter de hierro, cabeza de pájaro; ahora te la vas á entender con don Joaquín, y lo que es tú no me matas á Daniel.

ESCENA VI

DON JOAQUIN y MARIANA

MAR. ¡Mi querido don Joaquín! (Extremando el cariño.) ¡Padre mío!... ¿por qué no fué usted allá? (Mirando alrededor.) Y Daniel, ¿se cansó de esperarme? ¿por qué no pasaron ustedes? (Se deja caer en un sofá ó butaca.) Hoy me

siento triste, abatida, no sé cómo... y me agrada ver á mi lado á mis buenos amigos... ¡Usted y Daniel son los amigos de mi predilección! Ya lo saben ustedes.

JOAQ. ¡Si, ven ahora con mimos! ¡hazte la chiquita! Te conozco.

MAR. ¡Ya lo creo que me conoce usted! Hace muchos años. (Tristemente y con cierto mimo.)

JOAQ. No vengo á oir zalamerías; vengo á que hablemos seriamente.

MAR. Hoy todo el mundo quiere hablar seriamente. Hoy, que necesitaba yo alegría... regocijo... movimiento... conversación amena... amistad juguetona... hoy todo el mundo ha de traer cara de embajador ó de dómine. (Con enojo mimoso y triste.)

JOAQ. Pongamos que tráigo cara de dómine. ¡A escucharme!

MAR. Hable usted: escucharé humildemente.

JOAQ. Eso quiero: humildad. ¿Tú haces alguna vez examen de conciencia?

MAR. ¿Yo? (Con sorpresa burlona.)

JOAQ. ¡A responder!

MAR. Sí señor: de cuando en cuando.

JOAQ. Y qué te dice la conciencia, ¿que eres buena ó que eres mala?

MAR. Me hace usted reir... y no tengo gana.

JOAQ. ¡A responder!

MAR. Mi conciencia habla de un modo tan confuso, que no es fácil entenderla. Además, yo la interrogo cuando estoy para dormirme, y medio dormida yo, y no muy despierta ella, ni yo sé bien lo que pregunto, ni ella sabe bien lo que contesta. Y así estamos.

JOAQ. Bueno, pues la preguntaré yo.

MAR. ¡Pobrecita!... Déjela usted descansar. (Con mimo.)

JOAQ. No puede ser. Y hablemos seriamente. Yo sé, Mariana, que en el fondo no eres mala. Pero con Daniel te portas como una mujer sin corazón y sin conciencia.

MAR. ¡Don Joaquín!... ¿Yo?... ¿por qué?

JOAQ. Tú lo sabrás. O le quieres ó no le quieres. Si lo pri-

mero, no le atormentes. Si lo segundo, quítale toda esperanza.

MAR. ¿Pero qué dice usted? ¿Que yo le atormento?

JOAQ. Ahora mismo, no sólo eres mala, sino que eres *hipócrita*. Tú sabes, que sin compasión le martirizas: y te gozas en su martirio.

MAR. Es verdad. (Con energía.)

JOAQ. ¡Gracias á Dios que confiesas! ¿Y por qué haces eso?

MAR. ¡Qué sé yo! Sin duda, porque soy muy mala. Pero no es mía toda la culpa. Los demás han hecho de mí lo que soy. Yo era buena, cuando era niña. ¡Yo sentía en mí tesoros inmensos de ternura! ¡Siempre compasiva, siempre cariñosa! Yo era como un panal chiquitito lleno de miel dulcísima: sacaron la miel del panal, y de cosas amargas rellenaron las celdillas, ¿qué culpa tengo yo, si cuando hoy me oprimen el corazón destila hiel? Yo no la puse aquí, (Oprimiéndose el pecho.) ¡que reclamen contra el que la puso!

JOAQ. Pobre Mariana; en eso tienes razón.

MAR. Cuando era pequeñuela, ¿qué ví en mi casa? ¡Una lucha implacable, sorda, cruel, entre mi padre y mi madre! Mi padre... yo no sé... pero por palabras sueltas, que oía á la servidumbre, esta idea germinaba en mí: «*que mi padre era malo* » Primero le tuve miedo: luégo dejé de quererle: luégo me inspiró repulsión: al fin me fué indiferente. ¡Serme indiferente mi padre!... ¡y no tenía yo ni ocho años! ¿Qué puede esperarse de un manantial que apenas brota y ya se seca?

JOAQ. En todo eso tienes razón. Pero en cambio tu madre...

MAR. A mi madre la quería mucho: la quise siempre, y si yo pudiese vengar en alguien el mal que la hicieron... Oh, por falta de deseos no queda. Y sin embargo... llegó un día... en que también tuve miedo de mi madre... Usted lo sabe. (Queda pensativa.)

JOAQ. Sigue, Mariana. Esta conferencia es decisiva para tí. Conozco los hechos de tu vida: no conozco la historia de tu corazón.

MAR. Y quiere usted saber entre qué zarzales han ido quedando sus pedazos. ¿No es eso?

JOAQ. Precisamente. (Se ve en el jardín un grupo: Trinidad, Clara y Luciano: luégo desaparecen.)

MAR. Pues adelante. ¿Pero nos oye alguno? (Acercándose al fondo.)

JOAQ. Hacia aquí venian, pero nos vieron enfrascados en nuestra conversación y se enfrascaron ellos en la espesura. (Vuelven al primer término. Mariana pensativa. Don Joaquín contemplándola.) ¿No sigues? Vamos... háblame de tus impresiones: los sucesos ya los conozco.

MAR. ¿Y conoció usted á don Félix Alvarado? ¡Con qué delicia (Ironía terrible.) *pronuncio este nombre* y *muerdo este nombre*! (Mordiéndose los labios.)

JOAQ. Conque morder, ¿eh?... ¡No le conocí, fierecilla!

MAR. ¡Pues era gallardo, simpático, cariñoso, algo melancólico! Vino no sé de dónde: creo que de América. Parecía rico: no sé si lo era: á mi padre le prestó mucho dinero. ¡Qué respetuoso para mi madre! ¡qué cariñoso para mí!

JOAQ. Sé todo eso: abrevia.

MAR. Usted quiso que hiciésemos examen de conciencia; y es bueno que sepa usted lo que yo he sufrido, para que comprenda usted por qué me gozo á veces en hacer sufrir á los demás.

JOAQ. ¿Pero qué culpa tiene el pobre Daniel?

MAR. Es verdad, ¡pobre Daniel! (Queda pensativa.)

JOAQ. Acaba.

MAR. Escuche usted. Yo tenía ocho años... debieron ser las dos ó las tres de la mañana... estaba durmiendo en mi camita y soñé que le daba muchos besos á mi muñeca, porque me había llamado «*mamá*.» La muñeca de pronto me besó también, pero con tanta fuerza que me hizo daño: y la muñeca se hizo muy grande: y era mi madre que me tenía en sus brazos: y yo... ya no dormía: no era sueño: estaba despierta. Detrás de mi madre estaba un hombre en pié: era Alvarado que

decía: «¡*ven*!» y mi madre decía: «¡*no, sin ella, no*!» Y él dijo: «¡*qué diablos, pues con ella*!» Después, aquello parecía otro sueño: una pesadilla: a'go que gira y oprime. Mi madre, vistiéndome como puede vestir una loca á una muñeca, á sacudidas, á tirones, á golpes casi. Y Alvarado en voz baja acosándola: «pronto, pronto, de prisa.» ¡Yo no he sentido nunca sensación semejante! ¡Aquello era trivial, era grotesco, pero era horrible! Las mediecitas sin acabar de subirlas; las botitas sin acabar de abrocharlas; los pantaloncillos al revés; las enagüillas con la abertura á un lado; el vestido medio suelto, por más que yo decía: «¡faltan corchetes, faltan corchetes!» Pero es que Alvarado repetía: «¡pronto, pronto, aprisa, aprisa!» Luégo un abrigo de mi madre liado al cuerpo: luégo una toquilla, que me ahogaba, liada á la cabeza: luégo cogerme mi madre en sus brazos: luégo entrar en un coche que corre mucho, y luégo oí un beso y pensé: «pero, Dios mío, á quién ha sido, á quién ha sido: á mí no me ha besado nadie.» ¡Ay, madre mía, madre mía!... (Rompe á llorar.)

JOAQ. Basta ya.

MAR. No: ¿quiso usted examen de conciencia? pues examen de conciencia. ¿Confesión general? pues confesión general. ¿Quiso usted saber lo que hicieron de mí? pues ya lo sabe usted. Quiso usted saber por qué no creo en nadie... más que en usted... y ya lo sabe usted también. Acabo en seguida. Fuimos á Londres, ¡qué vida, Dios mío, qué vida! Mucho lloró mi madre en Madrid; pero más lloró en Londres. Yo miraba siempre con los ojos muy abiertos: comprendía algo y no lloraba nunca. ¡Mi madre era muy buena! yo digo que era muy buena. ¡Aquel hombre era infame y grosero! ¡Cuántas veces delante de mí la hizo vestir galas, encajes y joyas; pero brutalmente, entre golpes y juramentos, á la fuerza, *como me había vestido mi madre aquella noche*! Y también cuando acababa de amorta-

jar Alvarado á mi madre, con mortaja de orgía, sonaba un beso; pero aquel beso era para mí, era el que me daba mi madre entre sollozos y lágrimas, cuando aquel hombre se la llevaba á rastras y me dejaba á solas con fermentaciones dolorosas de capullo arrojado á un pudridero.

JOAQ. ¡No más! ¡No más!...

MAR. Al fin, el cansancio, el abandono, la miseria, el hambre, la muerte... mi madre en la agonía... yo en la calle... acudí á usted... usted fué muy bueno... pero es que usted no ha sufrido como ha sufrido Mariana. (Apoya la cabeza contra el pecho de don Joaquín y le abraza llorando.)

JOAQ. Sí, pobre Mariana; yo dí sepultura á tu madre: yo te recogí: te traje á España: te entregué á tu padre... ¡y fuiste felíz!

MAR. ¡Felíz!... La indiferencia cortés: el lujo insípido: el respeto de la servidumbre por salario mensual: mi padre siempre lejos: la institutríz siempre cerca: ¡*mi madre en ninguna parte*! ¡Quiero sufrir; pero quiero gozar! ¡Venga el dolor á torrentes si trae una gota, aunque no sea más que una gota, de amor! ¡Ah, cómo echaba de menos aquellos besos de Londres, con todas sus lágrimas y todas sus impurezas!

JOAQ. ¡Válgame Dios, hija; si yo pudiera arrancar todos esos recuerdos de tu memoria!

MAR. ¡Pues y *mis bodas*! ¡no hemos hablado de *mis bodas*! (Con risa irónica.) «*Este es tu marido*,» me dice mi padre, y me presenta un retrato. Lo miro: y me parece simpático: «*bueno, me casaré...*» «Es muy rico...» «Mejor.» Nos casamos por poderes: me llevan á Cuba: desembarco: me esperan unos señores vestidos de negro: no es boda, es duelo. (Con indiferencia.) ¡Tanto da! Mi amante esposo había muerto de resultas de un desafío por una bailarina. ¡Otra ilusión más! Y con la misma pasión conque había dicho: «bueno, me casaré:» dije: «bueno, soy viuda.» ¿Qué quiere usted

que sea, don Joaquín? ¿qué quiere usted que sienta? ¿en qué ó en quién quiere usted que crea? ¿En los hombres? ¿para qué? ¡para que sean como mi padre, como Alvarado, como mi esposo! ¡No: que sufran; que lloren; que mueran!

JOAQ. Daniel no es así, ni merece lo que merecen otros.

MAR. Parece que no lo es; pero quién sabe si lo será. Alvarado también era simpático y no paró hasta que no mató á mi madre. Daniel no ha llorado aún: por lo menos yo no le visto llorar. A Alvarado le ví llorar... al principio. Mi *esposo* murió por una mujerzuela: Daniel no ha muerto todavía por su Mariana. Que haga todo esto... y ya veremos. (Con profunda ironía y risa cruel.)

JOAQ. No, con Daniel no harás nada de eso, fierecilla: yo te arrancaré los dientes y las garras. ¿Quieres que pague Daniel Montoya las culpas de Félix Alvarado? Pues no las pagará. ¡Ya veo lo que hoy eres y me pesa, me pesa! ¡Mal hice en recogerte de entre el barro de Londres!

MAR. ¡Don Joaquín!

JOAQ. ¿Porque tropezaste con el mal, todo es malo? Camina por terreno pantanoso y te meterás en cieno. Pero échate á un lado, vé más lejos y encontrarás valles con flores, bosques con sombra, montes con nieve y horizontes con luz.

MAR. ¡Quién pudiera!

JOAQ. *Si te quedas* en el pantano, tuya es la culpa: ¡*camina*! Vamos á ver, criatura terquísima: ¿no hay gente buena en el mundo? ¿no era buena tu madre... á pesar de todo?

MAR. ¡Sí! (Con ansia, agarrándose á don Joaquín.)

JOAQ. ¿No eras tú buena cuando eras niña?

MAR. ¡Lo era!

JOAQ. ¿Qué demonio, no soy yo bueno?

MAR. ¡Dios mío!... ¡ya lo creo!

JOAQ. ¿Pues por qué no ha de serlo Daniel?

MAR. Que lo pruebe.

JOAQ. Pues fácil es.

MAR. ¿Cómo?

JOAQ. Casándote con él.

MAR. ¡Conque quiere casarse conmigo! (Con burla.)

JOAQ. Sí: tiene ese mal gusto. Por tí ha desdeñado... me consta: palabra de honor... ¡á una chica!... (Exagerando.) más jóven que tú, porque tiene dieciocho años; y más hermosa que tú; y más rica que tú; y de mejor carácter que tú. Ya ves la locura que ha hecho ese loco por tí.

MAR. Pues ha hecho mal. (Friamente.) Aunque, mire usted, si me quiere más que á esa, á pesar de ser tan joven, tan hermosa, tan rica y tan buena... ha hecho bien.

JOAQ. ¿Tú hubieras sentido que se casase? la verdad. Piénsalo y no me mientas (Pausa.)

MAR. Sí.

JOAQ. Entonces le amas.

MAR. No sería imposible: pero no lo sé.

JOAQ. Pues hay que saberlo, y si no le amas despídele para siempre.

MAR. ¿Por qué? si él es felíz á mi lado: si es felíz sufriendo y yo lo soy haciéndole sufrir, ¿por qué nos hemos de separar? (Con ironía en que hay algo de convencimiento.)

JOAQ. Porque un hombre como él no ha nacido para ser juguete de nadie: ni siquiera de tí. (Con enojo.)

MAR. ¿Tan poco merezco? (Con cierta coquetería.)

JOAQ. ¡Él merece mucho más! Y conmigo las coqueterías son inútiles. (Muy incomodado.)

MAR. ¡Qué enojado está usted hoy con su Mariana! (Con mimo.)

JOAQ. ¡Ea' en serio y por última vez: ó eres su mujer, ó me lo llevo de Madrid á buscar á la chica de los dieciocho años y de los dieciocho millones de renta.

MAR. Ni seré suya, ni se lo lleva usted.

JOAQ. ¿No?

MAR. ¡No! Ya no soy una niña. (Desafiándole en broma y con risa.)

JOAQ. Veremos (Acercándose á la puerta del jardín.) ¡Daniel! ¡Daniel!

MAR. ¿Le llama usted? (Con cierta emoción.)

JOAQ. Ya lo estás viendo. Daniel...

MAR. ¡Pero por Dios, no le llame usted todavía!... ¡No hemos acabado nuestra conferencia... Buscaremos un *modus vivendi*... (Riendo.) ¿No dicen ustedes así?

JOAQ. ¡Daniel... Ven... te estoy llamando.

MAR. ¡Cómo viene usted hoy!... (Con emoción mal contenida.)

ESCENA VII

MARIANA, DON JOAQUÍN y DANIEL

DAN. ¡Mariana!... (Conteniéndose.) Señora...

MAR. Buenos días, Daniel.

JOAQ. Hice por tí (A Daniel) lo que no haría un padre por su hijo: mejor dicho, *hice por vosotros* todo lo que pude: pero no puedo más. Si quieres seguir mi consejo, (A Daniel.) despídete definitivamente de Mariana. Si quieres obedecer mi mandato, que casi tengo derecho para mandarte, (A Mariana.) desengáñale y no vuelvas á verle más. Hablé como un hombre de corazón, y honrado por añadidura, habla á dos personas á quienes ama de veras, pero que no están en su juicio. Atendedme ó no me atendáis: yo he concluido: resolved vosotros: que tengo curiosidad por ver lo que resuelven dos locos. Desatad el nudo si podéis: si no podéis, os lo echáis al cuello bien apretadito. Hasta luégo: me voy á tomar té... no: un helado.

MAR. ¡Pero don Joaquín!...

JOAQ. ¡Dos helados!...

DAN. Don Joaquín...

JOAQ. ¡Una docena de helados!... Adiós: se aman: se entenderán. (Sale.)

ESCENA VIII

MARIANA y DANIEL

MAR. (Sentándose con cierta dejadéz.) Se enfadó, porque dice que le atormento á usted: que le hago muy desdichado: que no debo verle á usted más. (Con tristeza.)

DAN. No, Mariana: atorménteme usted sin compasión, pero no me prohiba que la vea.

MAR. Dice don Joaquín que soy muy cruel... (Como antes: triste y mimosa.)

DAN. ¿Qué importa? Si yo soy el que sufre y quiero seguir sufriendo, ¿qué derecho tienen los demás para impedirlo?

MAR. ¿Quiere usted que seamos buenos amigos? Seré muy cariñosa para usted y no seré cruel nunca... si es que ahora lo soy, que no estoy muy convencida.

DAN. No: amigos, no. Prefiero que seamos lo que somos. Yo amándola á usted y diciéndoselo: usted odiándome, martirizándome, y de cuando en cuando *una esperanza,* aunque yo sepa que es *una mentira.* Sigamos, sigamos: todavía puedo sufrir más, y si usted se goza en mi tortura, todavía puede usted torturarme más.

MAR. (Con impaciencia.) Pero Dios mío, ¡qué injustos son ustedes conmigo! ¡De modo que yo soy un mónstruo, una esfinge!

DAN. ¡Pero si yo no me quejo! ¿Para qué están todas las fibras de mi corazón sino para que usted arranque de ellas notas dulces ó notas dolorosas? ¡Como usted quiera! ¡Qué dicha! ¡usted no goza en atormentar á nadie más que á mí! ¡*Luego yo soy para usted lo que no son los demás*! Lo que yo quiero es que no me trate usted como á los otros. Á don Pablo mucho respeto, mucha consideración, palabras corteses... ¿Á mí? «ven, Daniel: échate á mis piés como un perro: sufre, llora, retuércete, enloquece, muere!» Dos seres pue-

den estrecharse y confundirse por el amor ó por el odio. ¿El amor no puede ser? Bueno, pues sea el odio. Que yo sienta cerca de mí á mi Mariana, desgarrando mi corazón con sus manitas, abrasando mi alma con sus ojos, bebiendo con deléite mi agonia! ¡Pero cerca de mí, cerca de mí, lejos no! ¿Separarnos? ¡Nunca, Mariana!

MAR. ¡Pero válgame Dios, si yo no soy esa mujer que usted supone! ¡No puedo amar... porque no puedo amar! He sido muy desdichada y se secó en mí el manantial de toda ternura y de toda confianza. ¡Y no siento amor; y no siento ternura; y no quiero sentirlos! Entregar el alma, es perderla; es arrojarla al desprecio ó á la indiferencia de los demás. Porque si yo le digo á usted: «pues bien, le amo, acepto, seré su esposa,» aún no habré acabado de decirlo y ya me querrá usted menos: y luégo menos, y al fin nada «¿Es mía? ¡adios pasión, adios delirio, adios ilusiones!» Si cuando me río de usted, no es que me río de usted, es que me río pensando: «*¡pobre Daniel, pues no imagina que me quiere mucho!* ¡Qué chasco si yo le dijese que sí!»

DAN. Lo que pasa aquí dentro, (Golpeándose el pecho.) usted no lo sabe.

MAR Sí, Daniel: si de esa manera somos todos. Si yo llegase á sentir por usted una pasión verdadera, ¡qué locura, qué vergüenza, qué desesperación! (Se ve que lucha con el cariño que va sintiendo por Daniel.)

DAN Desesperación acaso; pero ahí está la dicha. ¿La *dicha del sufrir* usted no la comprende, no la ha saboreado nunca? Entonces yo soy más felíz que usted. La indiferencia, el hastío, lo insustancial, siempre todo lo mismo, una media tinta perenne, un sonido monótono, un limbo soñoliento... ¡esa, esa es la desesperación y la muerte! ¿Vive usted así, Mariana? Entonces es usted más desdichada que yo.

MAR. ¡Es verdad! ¡eso si que es verdad!

DAN. ¡Una vez en la vida, pruebe usted lo que es amar y

sufrir! ¡Quiérame usted, Mariana! ahora se lo ruego á usted, no por mí, por usted. Y si duda usted de mí, ¡mejor! me querrá usted más. Y mayores serán sus dichas, cuanto mayores sean sus dudas y sus angustias. Y si piensa usted que ha de perderme para siempre, ¡ah! ¡entonces su amor será infinito!

MAR. ¡Sería una prueba curiosa, Daniel!

DAN. Cuando se ama con el alma, el mundo insustancial que nos rodea desaparece y nuestro amor forja otro nuevo mundo. Yo la veo á usted en todas partes y siento por usted todos los amores. Unas veces ternuras de padre: á mi Mariana se la contempla con orgullo y con respeto: se la mima como á una niña: se la oprime dulcemente la mano: se le arregla un rizo descompuesto: se la besa en la frente.

MAR. ¡Pobre Daniel!... ¡y pobre de mí! nunca he tenido un padre que me quiera de ese modo.

DAN. Otras veces siento por usted cariño fraternal: afectos tranquilos y gozosos de amigo y de compañero. Y ciño su cintura y usted me echa el brazo al cuello, y corremos por esos campos de Dios, jugueteando como si fuésemos dos muchachos. Y si viera usted, ¡qué traviesos somos!

MAR ¡Qué bueno es usted! ¡y yo qué mala suerte!... Nunca tuve un hermano con quien jugar así... como usted dice.

DAN. Algunas veces... ¡esto sí que es raro!. . yo no sé cómo, pero soy su esposo de usted, y tenemos hogar y familia y un rincón para nosotros. ¡Y vuela el tiempo sobre alas de ángeles y hasta somos viejos! ¿Ve usted que caprichos de la imaginación?

MAR. ¡Sí que son caprichos! (Riendo.) ¿Y qué hacemos?

DAN. Pues yo me muero de puro viejo: y usted, que tambien es muy vieja, me abraza llorando: y yo, como en sueños, oigo que usted dice: «para mi Daniel en la vida: para mi Daniel en la muerte.» Sus lágrimas de usted corren por los surcos que dejan mis arrugas,

como llanto por valle de lágrimas: y sus rizos blancos caen sobre mis labios secos: y mi alma se escapa de *la muerte*, ¡de la muerte, tan fea y con guadaña! que ya se la llevaba, para volver á los labios y besar por última vez aquellos blancos rizos, ¡como besó los negros rizos de su Mariana!

MAR. (Conmovida y secándose los ojos.) ¡Qué imaginación!... ¡Pero estos rizos, mire usted, aún son negros! (Con coquetería.)

DAN. Pero serán blancos, ¿y quién los besará si yo no estoy?

MAR. ¿Y por qué no ha de estar usted?

DAN. Porque usted no quiere.

MAR. ¡Bah! yo no dije nada. ¿Y se acabaron sus imaginaciones de usted?

DAN. No. Muchas veces ni soy padre, ni hermano, ni amigo, ni esposo anciano, ¡soy su Daniel apasionado! Y estoy más cerca de usted y usted no me rechaza. (Acercándose.)

MAR. Bueno, pues no le rechazaré... Es curiosidad no más.

DAN. Y cojo su mano de usted (La coje); pero no con la blanda presión del padre ó del hermano; sino para estrecharla desesperadamente entre las mias; para martirizarla!

MAR. No: pues todavía no me hace usted daño. (Riendo, pero conmovida.)

DAN. Es que usted no lo siente.

MAR. De veras que no. Pero aquí acaba el sueño... porque todo esto ha sido soñar... y despertemos. (Separando la mano.)

DAN. Es que iba á contarle á usted lo que en estos sueños ó en estas imaginaciones me dice Mariana... ¡aquella Mariana de mis ilusiones!

MAR. Lo supongo, sin que usted lo repita

DAN. ¿Y usted no lo repite?

MAR. ¡Repetir todo lo que ella dice! No... me comprometería.

DAN. Pues una sola cosa.

MAR. ¿Cuál? Si no es mucho, concedido.

DAN. No diga usted *que me quiere*: diga usted, *que probará, á ver si puede quererme*. (Pausa.)

MAR. Probaré. (Con resolución.)

DAN. Diga usted además, que si no logra usted quererme á mí, *no querrá usted á nadie*.

MAR. A usted ó á nadie.

DAN. ¡Ni á don Pablo!

MAR. ¡A don Pablo! ¡qué niño es usted! (Se levanta riendo. Se levanta también Daniel y entra don Joaquín sin que le sientan.)

DAN. Es que si quiere usted á otro hombre... ¡Lo juro por mi salvación!... si quiere usted á otro...

MAR. ¡Sí: ya lo sé: me mata usted: y le mata usted!... (Con burla trágica.)

DAN. (Cogiéndole la mano.) ¡Como hay un Dios que nos oye!

MAR. Ahora sí que me hace usted daño.

DAN. ¿Pero está hecho el pacto?

MAR. Hecho y sellado. ¡Y si oprime usted un poco más, *sellado con sangre*!

JOAQ. ¿Hicísteis un pacto?

MAR. Y tenemos testigo, puesto que usted *aparece* como *aparecido*.

JOAQ. Lo seré. (Clara, Trinidad y Luciano, entran hablando y riendo.)

CLARA. Y si se necesitan más testigos, aquí estamos nosotros.

LUC. ¡Todos nosotros!

TRIN. Todos. ¿Pero de qué se trata?

JOAQ. ¡Pacto reservado!

DAN. ¿Lo renueva usted? (A Mariana.)

MAR. (Dándole la mano.) En presencia de todos, me ratifico.

DAN. ¡Va en ello la vida!

MAR. ¡Sea! (Quedan cogidos de la mano.)

JOAQ. ¡Qué ocasión, si yo tuviera carácter sacerdotal! (Haciendo como si echase las bendiciones.)

MAR. (Riendo.) Por una bendición nada se pierde, ¿verdad, querida? (A Trinidad.)

DAN. ¡Por una bendición todo se gana! (Quedan cogidos de la mado y bendiciéndolos don Joaquín: alrededor, los demás riendo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa una sala en casa de don Cástulo. A esta sala vienen á dar dos ó tres salones ya de frente, ya en líneas que convergen, pero de modo que se vean en parte. En todos ellos lucen *objetos artísticos* y *objetos arqueológicos*, bronces, barros, tapices, cuadros, estátuas, etc. En esta decoración puede hacerse *cuanto se quiera*, pero nada tiene carácter de necesidad. Conviene crear una *atmósfera especial* para todo el acto, y no hay sujeción alguna de forma ó decoración para conseguirlo. Es *la casa de don Cástulo*: no más. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CLARA y DON PABLO

CLARA. ¿Conque usted se ha cansado de ver antigüedades?

PABLO. Yo estoy por lo moderno. Para antigüedad, la mía en el ejército. Y en punto á vejeces, bastante tendré con la que me espera. A mí me gusta lo joven, lo nuevo, lo que trae luces de la mañana y alegrías del amanecer.

CLARA. Por eso le gusta á usted tanto Mariana.

PABLO. Por eso y porque es Mariana.

CLARA. ¿Soy indiscreta hablándole á usted de nuestra buena y bellísima amiga?

PABLO. Usted no lo es nunca, y menos hablando de ella.

CLARA. Muy buena, muy hermosa, ¿verdad? Pero poco juicio.

PABLO. Juicio no lo tiene nadie: ¿no ve usted que en toda la creación no hay más que un día de juicio: *el del juicio*?

CLARA. (Riendo.) Y para eso nos dicen que es el *juicio final: primero* y *último*.

PABLO. Pues ya ve usted. ¿Gozo yo de juicio por ventura? Y eso, que ya tengo años para ser juicioso: y no tengo tantos, que me asista derecho para no serlo. A los quince años no hay juicio: á los cuarenta y ocho es de rigor: á los sesenta y ocho puede prescindirse de él... ¡para lo que ha de usarse!

CLARA. ¿Conque no es usted juicioso?

PABLO. No señora.

CLARA. ¿Por qué?

PABLO. Ya se lo ha dicho á usted Trinidad y no es un misterio. Pedí la mano de Mariana, á pesar de sus consejos y de sus advertencias de usted: con palabras corteses declinó la honra, que según dijo, yo le dispensaba.

CLARA. ¿Y qué?

PABLO. Que no desisto. Ahora mismo le estará hablando mi hermana á don Joaquín sobre el asunto. Me rechaza y vuelvo al asalto. Dice todo el mundo que Mariana se casa con Daniel y no lo creo. Mi madre navarra, mi padre aragonés y yo un prodigio de terquedad.

CLARA. Eso hace un hombre enamorado.

PABLO. Por lo menos eso hago yo.

CLARA. ¿De modo que no renuncia usted á Mariana?

PABLO. No señora.

CLARA. ¿Y si fuese usted vencido?

PABLO. ¿Y si fuese vencedor?

CLARA. (Riendo.) Entonces ya sabrá usted lo que ha de hacer. Pero, pongámonos en lo peor, ¿y si le vencen?

PABLO. El que es vencido hoy, es vencedor mañana. Tengo cuarenta y ocho años: puedo esperar quince: en diez años se tomó Troya.

CLARA. ¡Es usted homérico! (Riendo.)

PABLO. No tanto. Una mujer no es una plaza fuerte.

CLARA. Una mujer, Helena, andaba en aquella plaza fuerte.

PABLO. Y al fin la recobró Menelao y se volvió con ella.

CLARA. ¿Con tan poco se contenta usted?

PABLO. No: nuestras tradiciones clásicas no me permitirían ser tan bonachón, como lo eran aquellos héroes. Para la resistencia, terquedad; para la hermosura, rendimiento; para la traición, las saludables enseñanzas del *médico de su honra*. (Con risa forzada.)

CLARA. Ahora es usted trágico.

PABLO. Ahora y siempre soy un hombre de honor, prendado de una mujer, y que aspira á darle su nombre.

CLARA. ¿Suceda lo que quiera?

PABLO. Suceda lo que quiera.

CLARA. ¿Sin temor á rivales?

PABLO. Sin temor á nadie.

CLARA. ¿Dispuesto á vencer?

PABLO. Dispuesto á luchar.

CLARA. Así me gustan los hombres.

PABLO. Como Mariana me gustan á mí las mujeres. Y como usted... las esposas. (Con mucha cortesía.)

CLARA. Aquí vienen Trinidad y don Joaquín, y por las caras que traen no me parece que la conferencia dió resultados satisfactorios.

PABLO. No pudo darlos. Pero *no importa*.

ESCENA II

CLARA, DON PABLO, TRINIDAD y DON JOAQUÍN

CLARA. ¿Qué le parecen á usted las colecciones de mi esposo? (A don Joaquín.)

JOAQ. Deben tener mucho mérito; pero yo no soy persona competente para dar una opinión autorizada.

CLARA. Don Joaquín es como don Pablo: no le gusta lo viejo.
JOAQ. Achaques de la vejéz, ¿no es verdad, don Pablo?
PABLO. Yo no tengo achaques todavía.
JOAQ. Yo muchos. (Clara y don Joaquín forman un grupo: otro aparte Trinidad y don Pablo)
PABLO. ¿Qué dice?
TRIN. Que no es ni el padre ni el tutor de Mariana.
PABLO. De otro modo: que nos hace la guerra.
TRIN. Eso le dije.
PABLO. ¿Y qué contestó?
TRIN. Que la guerra debe ser lo más agradable para un militar tan valeroso como tú.
PABLO. Lo es. Está bien. Veremos.
CLARA. Ya viene Mariana: estoy segura que á ella le han gustado las baratijas de mi esposo.

ESCENA III

CLARA, TRINIDAD, DON JOAQUÍN y DON PABLO: entran por distinto lado que los anteriores, MARIANA, DON CÁSTULO y LUCIANO

MAR. ¡Precioso!... ¡admirable!... ¡qué colección, Dios mío!... ¡su casa de usted, don Cástulo, es un palacio encantado!
CAST. ¡Usted tiene mucho talento! Aquí no hay más que dos personas que tengan, lo que pudiéramos llamar *espíritu arqueológico*: Mariana y Luciano.
JOAQ. ¿Luciano también?
CAST. Luciano es ya un maestro.
CLARA. ¡Un maestro! Yo creí que no había pasado de discípulo aventajado.
CAST. ¡Un maestro! Se estasía oyéndome: ni á respirar se atreve.
LUC. No me atrevo, no señor.
PABLO. ¿Conque le agradan á usted mucho todas esas antigüedades?

MAR. Muchísimo, don Pablo. ¡Con qué gusto viviría yo en esta casa! Pero sola, completamente sola. ¡Cómo me pasearía yo al anochecer por esos salones! ¡Y esos objetos extraños envueltos en las tinieblas que llegan y se extienden! ¡Y las últimas luces del crepúsculo arrancando aquí y allá reflejos perdidos, destellos fugaces, claridades repentinas... ya de un acerado capacete, ya de un puñal, de un girón de brocado, de un manto de púrpura, de una lámpara de bronce ó de un plato árabe! ¡Lo que pensaría yo! ¡lo que discurriría yo! ¡qué historias, qué dramas! Y sin saber nada de todo eso: mezclándolo todo: confundiéndolo todo. Un girón *de sombra* de la galería, una *claridad* que viene de lo último del cielo, *un pedazo cualquiera* de barro, de hierro, de tela, cascote desprendido de viejos siglos ruinosos. ¡Con eso me basta!

LUC. Pues á mí no.

MAR. Vamos, don Cástulo, que le envidio á usted todo eso: que si pudiera, le robaba á usted su tesoro.

CAST. (Con tono de triunfo y volviéndose á los demás.) ¿Qué tal?

LUC. Todos le envidiamos á usted su tesoro.

CAST. ¿Qué tal? (Como antes.)

PABLO. Yo no soy envidioso.

MAR. ¿Y las armas? Los que grabaron sus furores en abolladuras y mellas, ¿qué se hicieron?

LUC. Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?

MAR. ¡Qué, si todo es admirable! Hay un ladrillo, que dice don Cástulo que fué de Ecbatana, que presenta una pequeña depresión, como si la yema de un dedo hubiese hundido el barro tierno. ¿Y saben ustedes lo que fué? Pues yo al momento forjé una historia: lo estaba amasando un pobre esclavo, y el capataz, ó como entonces se llamase, observando que andaba perezoso, le cruzó las desnudas espaldas con el látigo. Me parece que lo veo: (Con énfasis.) una tira de cuero de elefante con puas de cobre: ¿no es verdad, don Cástulo? (Don Cástulo sonríe.) y el esclavo se contrajo de do-

lor y hundió el dedo en el barro. Marca eterna del dolor humano en un pedazo de arcilla: dolor petrificado que al cabo de miles de años nos dice: «siempre ha habido víctimas que se retuerzan, verdugos que azoten, y barro para conservar por los siglos de los siglos toda crueldad.

CAST. ¡Muy bien! ¡muy bien!

TRIN. ¡Qué cabeza!

CLARA. ¡Qué imaginación!

PABLO. ¡Tiene mucho talento! (A don Joaquín.)

JOAQ. Demasiado.

LUC. (¿Y sus crueldades de usted, en qué barro se petrifican?) (A Clara en voz baja.)

CLARA. Pregúnteselo usted á Cástulo.

MAR. Lo que me irrita es la impasibilidad conque todas esas antigüedades nos ven pasar. Quisiera yo que se animasen, que tomaran parte en nuestra vida, que las lágrimas de ayer se mezclasen á las de hoy, y los furores de aquellas gentes á nuestros propios furores.

CLARA. ¡Qué miedo!

PABLO. Pero usted no se enfurece nunca.

JOAQ. ¿Conque no?

TRIN. Nunca se enfurece Mariana, no señor.

MAR. ¡Pues me enfurecería! ¡Que uno de esos objetos tomara parte en mi existencia, que me causase un dolor, y ya verían ustedes cómo rodaban por el suelo todos esos cachivaches!

CAST. ¡Eso no, Mariana!

LUC. ¡Ay, si Mariana hiciese eso!

JOAQ. Ya se indigna Luciano.

CAST. Pues no han visto ustedes lo más curioso.

MAR. ¿La sala mejicana?

CAST. También; pero es otra cosa; una sorpresa que le reservo á Luciano.

LUC. ¡Ay, Dios mío!

TRIN. ¿Qué es?

JOAQ. ¿De qué se trata?

PABLO. ¿No han oído ustedes que es para Luciano?

CAST. Por ahora la sala mejicana.

TRIN. Vamos allá.

MAR. No ha venido Daniel.

CAST. Esperaremos un poco.

MAR. Sí: esperemos á que venga Daniel. ¡Ah! él es muy inteligente en estas cosas. ¿Y usted, don Pablo?

PABLO. Yo, no señora.

MAR. Pues él sí. Según me ha contado, lo fué también su padre, el señor de Montoya, que tiene colecciones preciosas. ¿Las conoce usted, don Cástulo? ¿Conoce usted al señor de Montoya?

CAST. No tengo el honor de conocerle. Vive siempre retirado en su quinta.

MAR. Sí: está muy enfermo.

CAST. He oído decir, que allá en Sevilla tiene cosas curiosas. Pero con ser él americano y yo peninsular, apuesto á que mi salón mejicano vale más que el suyo, si es que lo tiene. ¡Yo, atesoro maravillas! Tengo sobre todo un objeto... ¡bajo un fanalito! que no lo cedía por treinta mil duros. Usted (A Mariana.) que tiene tanta imaginación, cuando lo vea, ¡qué historias forjará!

MAR. ¿Qué es? (Con mucho interés.)

TRIN. Cuéntenos usted, don Cástulo.

JOAQ. Prepárenos usted.

PABLO. Estas cosas, en efecto, requieren preparación. Las emociones fuertes no pueden venir de pronto.

LUC. Pues vienen.

MAR. A ver... á ver, don Cástulo. Mire usted que me muero de curiosidad.

CAST. Trátase de lo que yo llamo: la *arracada mejicana,* que la verán ustedes descrita *en todos los tratados de Arqueología.* Es un *anillo de oro,* del cual penden, por medio de *tres cadenitas* del mismo metal, tres figurillas aladas de prolongada forma y dibujo correcto, de oro también y con la mano derecha sobre la boca.

¡Eh! (Dice todo esto con énfasis y gozándose en el efecto que produce. Las señoras sentadas: los caballeros como más convenga para dar movimiento al cuadro.)

TRIN. Vamos, como un pendiente de señora.

CAST. Algo así, pero no del todo. Encontráronse *dos de estas arracadas,* todos los tratados lo dicen, en un sepulcro que se descubrió gracias á ciertas excavaciones verificadas en Tehuantepec. Halláronse dos momias, indudablemente de la raza Zapoteca, y cada una tenía sujeta al labio inferior por su correspondiente gancho, *una de estas arracadas.* Para cada momia y para cada labio de cada momia, su arracada respectiva. Como si dijéramos, *sendas arracadas.* ¿Eh?

MAR. ¡Qué cosa tan curiosa! ¿Y qué es eso?

CAST. ¿Era adorno que llevaban en vida? Hay ejemplos.

JOAQ. Pues no debía ser adorno de oradores ni mujeres. Aunque en rigor debía serlo. (Todos se ríen.)

CAST. ¿Era un objeto sepulcral y simbólico? No es imposible, digo, que simbolizasen el eterno silencio de aquellos labios momificados.

TRIN. ¡Ay, qué miedo!

MAR. Siga usted, don Cástulo.

CAST. ¿Eran prendas de amor de aquellos dos seres, que durante una eternidad se estaban mandando besos helados por las figurillas aladas, mensajeras en las sombras de la muerte, de caricias de la vida? Vaya usted á averiguarlo.

MAR. Sí, ¿qué duda tiene? eran prendas de amor... ¡de amor eterno!

PABLO. ¡Qué interés toma usted, Mariana, por las figurillas aladas!

TRIN. ¿Vamos á verlas?

MAR. Hasta que venga Daniel yo no veo la arracada mejicana. ¿Y cómo consiguió usted esa maravilla? porque usted ha dicho que es un objeto muy raro.

CAST. (Con tono vanidoso.) ¡Como que no hay más que *otra igual* en el mundo! ¡véanlo ustedes en todos los tra-

tados! ¡son dos! *una arracada* yo; la otra *el que me la cedió*. Me la cedió á cambio de una *Venus* del período clásico. Pero yo gané en el cambio. Á mí no me engaña nadie. Yo... algunas veces... (Riendo.)

PABLO. ¿Y quién fué la víctima? Digo, si usted lo recuerda.

CAST. Catorce ó dieciséis años han pasado; pero yo no olvido nunca el nombre de mis víctimas. Le conocí en París: era un buen mozo: hombre de mundo: de historia complicada: al parecer muy rico: figuró mucho en las repúblicas hispano-americanas: luégo desapareció, y no sé qué ha sido de él. Habrá muerto, porque con la vida que llevaba, no se vive mucho.

PABLO. ¿Y se llamaba?

CAST. Don Félix Alvarado.

MAR. (Sin poder contenerse y levantándose) ¡Alvarado!... ¡Alvarado!...

JOAQ. (¡Por Dios, Mariana!) (Aparte.)

CAST. ¿Le conoció usted?

MAR. ¿Yo?... ¡Cómo era posible!... ¡Don Cástulo, todavía no soy una antigüedad! (Riendo con risa fingida.)

CLARA. ¡Qué cosas dices! (A su marido.)

MAR Yo en aquel tiempo era muy niña. Aunque le hubiese conocido no le recordaría. Dije, Alvarado... Alvarado, ¡la víctima de don Cástulo! ¡Pobre señor!... ¡una víctima!... ¡Clarita, tu marido es temible!... ¡Pero ves tú, Trinidad!... ¡Ay, don Pablo, que los hombres mejores, á veces son... implacables!... ¡Pues no ve usted lo que ha hecho don Cástulo!... ¡Pobre Alvarado!...

LUC ¿Y él se quedó con la otra arracada?

CAST. Claro está.

JOAQ. ¿Pero no vamos á ver el salón mejicano?

MAR. Sí, vayan ustedes á ver esa curiosidad...

TRIN. Pues vamos.

LUC. ¡Ea!... ¡allá todos!...

CAST. ¡La sangre arqueológica! (Abrazando á Luciano y riendo.)

CLARA. ¿No vienes tú? (Al ver que todos hacen un moviviento para salir y que Mariana sigue sentada.)

MAR. He visto tantas cosas en esas galerías y se han excitado mis nervios de modo, que antes de recibir nuevas emociones, quisiera descansar.

PABLO. ¿Decididamente quiere usted esperar á Daniel?

MAR. Él entiende mucho de antigüedades y me gustaría ver qué impresión le produce esa arracada *del silencio sepulcral* (Riendo.) y cómo interpreta las figurillas con alas.

PABLO. Respeto como siempre su voluntad de usted.

MAR (Tendiéndole la mano.) Es usted muy bueno, don Pablo. Yo le respeto á usted como á un buen caballero y le estimo como á un amigo leal.

PABLO. Gracias, Mariana. ¿Vamos? (A los demás.)

CAST. En marcha.

CLARA. (Haciendo un mimo á Mariana.) Medita, medita y sueña, cabecita caprichosa.

TRIN. Á ver cómo enlazas aquel mundo muerto (Señalando á las galerías.) á este mundo vivo.

MAR. Todo se enlaza en este mundo; y no me maravillaría, que las momias de Tehuantepec se levantasen de su lecho para venir á perturbar mi existencia. (Riendo.)

TRIN. ¡Qué Mariana! (Separándose de ella.)

JOAQ. ¡Qué Mariana! (Contemplándola un momento.)

CAST. Pasen, pasen...

PABLO. Vamos á ver la América prehistórica.

LUC. Vamos á verla por la quinta vez.

ESCENA IV

MARIANA; después DANIEL

MAR. ¡Alvarado!... ¡El miserable!... ¡El de las orgías de Londres!... ¡El que mató á mi madre de vergüenza, de dolor y de hambre! Oir su nombre y revolverse las heces del odio en mi pecho todo es uno! No: el tiempo no pasa para ciertos recuerdos... ¡Oh, si Alvarado viviese! ¡si yo pudiera devolverle dolor por dolor: vergüenza por vergüenza: tortura por tortura! ¡Ven-

gar á mi madre en él y en su raza!... (Pausa.) ¡Tiene razón don Joaquín: las impurezas y las desdichas de mi niñéz han dejado en mí el germen del mal! ¡Alvarado!... ¡Alvarado!... (Entra Daniel.) ¡Alvarado! ¡Ah! (Recobrándose.) ¡Es Daniel! (Con dulzura.)

DAN. Mariana...

MAR. (Tendiéndole la mano.) ¡Era usted!... pensé... ¡qué locura!... que era otro.

DAN. ¿Quién?

MAR. Qué sé yo. Otro. ¡Hay tanta gente en el mundo!

DAN. ¿Y quién era ese otro, que tiene el poder de asustar á mi Mariana?

MAR. Pues cualquiera. Estoy tan nerviosa hoy, que cualquiera me hubiese asustado entrando de pronto.

DAN. ¿Yo también?

MAR. No: usted no. (Con dulzura.) Usted es el único á quien yo veo hoy con gusto.

DAN. ¿De veras, Mariana?

MAR. ¡Le esperaba á usted con tanta impaciencia!

DAN. ¿Me esperaba usted?

MAR. Sí: me querían llevar á recorrer el salón de antigüedades americanas, y yo dije: «no: sin Daniel, no.» (Con mimo.) Vamos, ¿esto no se agradece?

DAN. ¿Pero es verdad? ¿Pensó usted eso?

MAR. Ya lo creo. Y no sólo lo pensé: lo dije. Yo tengo el valor de mis convicciones... y de *mis afectos*. Y cuando quiero á una persona, lo proclamo en voz alta. Así lo dije: «no veo el salón hasta que no venga Daniel: lo veremos juntos.»

DAN. ¿Y lo oyó don Pablo?

MAR. ¡Pues no! Lo oyeron todos. Y para que él lo oyese lo dije yo. Y ahora quéjese usted y sea celoso, y diga que soy una mala persona. Seré muy mala; pero poco á poco *voy aprendiendo á querer y á ser buena.*

DAN. ¡Buena! ¡Dios mío; pero si es usted un ángel! No sé lo que me pasa, Mariana: ¡nunca le he oido á usted decir esas cosas!

MAR. Pues sí señor: no lo diga ustad en broma: ángel, no lo soy todavía, pero siento dentro de mí, que me voy volviendo buena. Todavía de cuándo en cuándo tengo mis raptos de ira y mis momentos de desconfianza. Ahora mismo... hace poco... antes de llegar usted, sentí revolverse en mi corazón algo muy malo, ¡como un angelote negro que rompiese en un accidente! Pero se presentó usted y me calmé: de veras que me calmé. ¡No hay más! ejerce usted sobre mí una influencia benéfica. Forma usted á mi alrededor como una atmósfera de paz, de confianza, de dulzura... ¿de qué más?

DAN. ¡Diga usted de cariño profundo, inmenso, eterno!

MAR. ¡Pues ea! lo digo: aunque nos pongamos en ridículo lo digo: de cariño profundo, inalterable .. ¿qué más era?

DAN. ¡Inmenso y eterno!

MAR. ¡Allá va! ¡inmenso y eterno, Daniel!

DAN. ¡Ay, Dios mío! ¡qué día tan felíz! ¡Si tuve el presentimiento! Salí de casa: un sol espléndido: ¡gran día! Eché á andar muy de prisa y una chiquilla me cerró el paso pidiéndome limosna. «¡Quita, quita,» le dije. Y luégo me acordé: «no, la primera vez que ví á Mariana, la ví dando limosna á una niña.» «Ven,» la grite: y acudió una nube de ellas y les dí á todas todo el dinero que llevaba. ¡Qué bendiciones! Pues esas bendiciones las he recogido aquí en forma de frases dulces de mi Mariana. Si usted me quiere, ¡yo voy á ser un santo!

MAR. ¡Pobre Daniel!

DAN. ¡Ahora no soy pobre! ¡soy inmensamente rico de esperanzas!

MAR. Mire usted: á mí nadie me ha querido en este mundo con toda su alma más que mi madre, y yo no he querido de veras más que á ella. Pues me parece que usted también me quiere de corazón. Y es claro, ¡yo también tengo corazón! Estaba sola en el mundo con

mis rebeldías y mis soberbias y mis dudas, y sin ningún afecto hondo. Le conocí á usted, ¡y qué batalla en mí! «Es como todos.—No es como todos » «Es egoísta y es hipócrita.—No lo es:» «No es amor, es capricho.—No es capricho: no puede ser.» Y me voy convenciendo de que no se parece usted á los demás y de que no engaña usted á la pobre Mariana. ¡No me engañe usted, Daniel, al decir que me quiere tanto! (Con tono suplicante.)

DAN. ¡Yo engañar á usted! ¡Pídame usted la vida, Mariana!

MAR. ¡Eso es trampa! Pedir á usted *la vida para siempre*, es tanto como decir: «á casarnos.»

DAN. ¿Y qué?

MAR. Que hay que ir más despacio. Yo soy todavía algo desconfiada y muy arisca.

DAN. ¡Qué dulce es su acento de usted, Mariana! ¡Al fin, al fin es usted mi Mariana! Diga usted que sí.

MAR. Por ese camino vamos: deje usted que acabe de subir la cuesta.

DAN. Yo estoy arriba llamándola á usted y á usted le falta muy poco.

MAR. Pero ese poquito es muy trabajoso.

DAN. Pues yo le daré á usted la mano.

MAR. Hoy no tendrá usted queja de mí. Ni estará usted triste.

DAN. Hoy es el día más felíz de mi vida.

MAR. Para los dos ha de serlo. (Mirando á ver si vuelven.)

DAN. No tema usted: no vienen. Están recorriendo *vejeces*.

MAR. Y aunque vengan, ¿á mí qué me importa? ¡Yo soy libre! Sobre todo, *soy libre* para decirles en voz muy alta: «amigos míos, *perdí mi libertad.*» (Con cierta coquetería cariñosa.)

DAN. ¿Cuándo tendrá usted ese rasgo de valor... y ese rasgo de piedad?

MAR. ¿Cuándo? ¿qué sé yo? De pronto. Si se me ocurre, ahora mismo. Yo soy capáz de decirles: «Señoras y señores: hemos venido á celebrar la inauguración de la galería mejicana; *pues solemnidad por solemnidad.*

Les anuncio á ustedes, que el mes próximo inauguro mi nueva vida y les invito para mi boda.» Así mismo.

DAN. No se burle usted, ¡si eso no es posible! (Entre temor y esperanza.)

MAR. ¡Qué no es posible! ¡Diga usted que no es regular; pero á mí me enamora lo irregular, lo imprevisto, lo excéntrico!

DAN. ¿Y por qué ha de ser irregular?

MAR. ¡Aunque lo sea!... Pero hablando en serio: es demasiado pronto.

DAN. ¡Qué tristeza!

MAR. No esté usted triste. (Con mucho cariño.) Mire usted que hoy me siento débil y compasiva... y si le veo á usted de ese modo, cuando usted menos lo espere, empiezo: «Señoras y señores, hemos venido á celebrar la inauguración...» (Echándose á reir.) ¡Qué locura... ó qué anuncio de lo que va á suceder dentro de poco!... (Sigue riendo.)

DAN. Mariana, ¡qué poder tiene usted sobre mi! ¡con una sola frase, *al cielo*! con otra frase, *al abismo*! ¡Y yo no sé dónde estoy!

MAR. Con formalidad. Yo no sé si será hoy ó mañana... pero ó le tendré á usted por compañero en esta vida, ó marcharé sola hasta el fin. ¡De Daniel, ó de nadie!

DAN. ¡Entonces mía!

MAR. ¿Por qué no?

DAN. Pues dígalo usted.

MAR. ¡Ay, Dios mío, cómo abusan los vencedores!

DAN. ¡Mariana!...

MAR. Silencio.

ESCENA V

MARIANA y DANIEL. Entran hablando con gran animación CLARA, TRINIDAD, DON PABLO, DON CÁSTULO, LUCIANO y DON JOAQUÍN: forman diversos grupos, y entran con cierto intervalo.

JOAQ. ¡Muy curioso!... ¡Muy curioso!

PABLO. No soy inteligente, pero reconozco que hay objetos de mucho mérito.

CAST. ¡De mérito! Que lo diga Luciano.

LUC. En esta casa hay cosas de mucho mérito.

CAST. ¡Si lo sabrá él! (Por Luciano.)

TRIN. Pues á mí lo que más me ha gustado... es lo que decia don Cástulo.

CLARA. Ya que Daniel está aquí, debes ir á verlo. (A Mariana.) ¡Es un primor!

TRIN. Sí, Mariana: te gustará muchísimo.

JOAQ. Acompáñala, Daniel.

DAN. Estoy á sus órdenes.

MAR. ¿Quiere usted? (A Daniel.) Pues bueno: vamos allá. Pero venga usted, don Cástulo.

CAST. Ya lo creo. ¡Verá usted! ¡verá usted, Daniel! Usted es inteligente, pero no conoce nada parecido.

DAN. ¿Y qué es ello?

MAR. ¡Una cosa curiosísima, Daniel! (Con mucha amabilidad y hasta con tono familiar.)

CAST. Ya lo expliqué antes. Un anillo de oro con tres colgantes: cada uno se compone de una cadenita, de oro tambien y de una figurilla con alas...

DAN. (Riendo.) Sí, ya sé: y con la mano sobre la boca: no se sabe si manda un beso ó si impone silencio.

CAST. Eso es: ah, ¿usted conoce?...

DAN. (Con tono triunfante.) ¿Pues qué se había imaginado usted? ¡Lo que ustedes llaman: *las dos arracadas mejicanas*: únicas en el mundo arqueológico!

MAR. ¿De modo que usted las conocía? ¡Lo que sabe Daniel! Don Cástulo, ¿qué se había usted imaginado?

CAST. Es verdad: *son dos;* pero yo no tengo más que una. (Con tristeza y humillación.)

DAN. ¡Ya lo creo! (Riendo.)

CAST. ¿De modo que usted las ha visto?

DAN. Muchas veces.

CAST. Dibujadas: en los libros: algún fac-simile. (Con desdén.)

DAN. No, *la otra*: *la compañera* de esa que usted tiene.

MAR. ¿Cómo?... ¿usted?... ¿qué? (Con sorpresa.)

CAST. Bueno: (Con desdén.) la habrá usted visto, pero no la posee.

DAN. ¡Casi!... ¡casi! (Con tono de broma, de triunfo; con mucha alegría.) ¿No oye usted, Mariana? ¡Qué vanidosos son los sabios! ¡creía que era él solo!

MAR. ¡No comprendo!... Dice usted... Siga usted... (A Daniel. Toda esta escena queda encomendada á la actríz; por esta razón se suprimen las acotaciones)

TRIN. A ver, á ver, ¿cómo es eso?

LUC. Todo va siendo curioso en esta casa, ¿no es verdad, don Pablo?

PABLO. Eso creo.

MAR. ¡Muy curíoso! ¿Verdad, don Joaquín?

JOAQ. Ahora veremos.

DAN. No hay por qué maravillarse: si ese objeto es el que ustedes suponen y no es una falsificación...

CAST. ¡Cómo falsificación!

MAR. Quizá lo sea.

CAST. ¡Poco á poco! no lo es. Tengo *un acta en regla*: *siete testigos*: certificado del cónsul de Tehuantepec: y el cónsul de Tehuantepec no es un cualquiera. ¡Hola, hola! ¡Falsificación! ¿qué dice usted á esto, Luciano?

LUC. ¡Que estoy muerto, don Cástulo!

CAST. ¡Falsificación!

DAN. No se alarme usted: la arracada será legítima. Pero si lo es, su compañera es casi mía, porque mi padre fué el que dirigió las excavaciones y desde entonces está en su museo.

MAR. ¡Daniel!... ¡Daniel!... ¡No!.!. ¡No!... ¡No es verdad!

JOAQ. (Conteniéndola.) ¡Por Dios!...

DAN. ¡Pero qué interés toma usted, Mariana, en una cosa... que á mí me hace reir!

MAR. ¡A mí también! (Riendo con risa nerviosa.) ¡No sabe usted, Daniel!... ¡Pero si es imposible!... ¡si es imposible!... ¡Já! ¡já! ¡já!... (¡Qué horrible sería, don Joaquín!...) (Agarrándose á él.)

CAST. Pues yo repito que el que me cedió ese despojo de la tumba de Tehuantepec, fué un americano.

DAN. Sería... no: fué mi padre.

CAST. No: no fué el señor de Montoya.

MAR. ¡No sea usted terco, Daniel, no fué Montoya! (Con violencia.) ¡Qué hombre!... ¡No, Daniel... (Acercándose á él y con dulzura.) ¡no fué su padre de usted!.. ¿verdad que no?

DAN. ¿Por qué?

CAST. Porque el americano se llamaba don Félix Alvarado.

DAN. ¿Y qué más da? Mi padre en sus aventuras políticas... en sus misiones secretas... en sus viajes á Europa... muchas veces...

MAR. ¿Cambió de nombre?

DAN. Justamente: precauciones de conspirador... En América se llamaba don Enrique Montoya: en España don Felix Alvarado.

MAR. ¿De modo que ya no hay esperanza?

DAN. ¡Esperanza! ¿De qué?

MAR. De que don Cástulo complete la pareja: su padre de usted no querrá desprenderse de objeto tan precioso.

DAN. Al contrario, ya que usted tanto se interesa por esos objetos (A Mariana.) para complacer á don Cástulo, y para que vea usted juntas las dos arracadas, puede, desde hoy, nuestro buen amigo contar con la compañera. ¡Están ustedes contentos!

CAST. ¡Montoya! ¡Montoya!... ¡Es usted un hombre de corazón!... (Le abraza: Daniel se ríe alegremente.) Desde hoy les invito á ustedes á otro almuerzo para celebrar la

unión definitiva de las dos arracadas mejicanas. En el fondo de una tumba las unió el amor: las separó Montoya: volveré á unirlas yo.

MAR. ¡Qué poético, don Cástulo! ¡La poesía es contagiosa! Y estoy pensando... ¿Lo digo?

JOAQ. (Mariana, ¿qué vas á hacer?) (Aparte.)

MAR. (A levantar una barrera ahora mismo entre ese hombre y yo.)

JOAQ. (¿Por qué?)

MAR. (¡Porque le amo! ¡Soy tan infame que todavía le amo!) Conque lo voy á decir. ¡Ese día solemne celebraremos otra unión definitiva!... ¡otra pareja!... ¡Qué vida esta, Daniel!

TRIN. ¿Otra unión?

CLARA. ¿Cuál?

MAR. Es un secreto. (Don Pablo, acepto su ofrecimiento.)

PABLO. (¡Mi esposa!)

MAR. (Sí.)

PABLO. (Hace usted de mi el hombre más felíz.) (Le besa la mano.)

CLARA. Pero ¿y nosotros?

LUC. No puede ser: aquí hoy no se admiten secretos.

DAN. ¡Sería una crueldad! ¡Por Dios, Mariana, por lo que usted más quiera ó más haya querido en este mundo... yo se lo suplico.

MAR. ¡A quien más quise fué á mi madre!

DAN. ¡Pues por la memoria de su madre!

MAR. (Pausa.) Pues por su memoria. Anuncio á ustedes, mis buenos amigos, que seré la esposa de don Pablo Arteaga.

DAN. ¿Qué? ¿Qué dice? ¡Ella! ¡Mariana su esposa!

MAR. ¡Sí! ¡su esposa!

DAN. ¡No es verdad, Mariana! ¡y si es verdad, es una infamia!

PABLO. Señor de Montoya, ese insulto, de Mariana lo arranco, lo tomo por mío, y yo lo castigaré.

DAN. ¡Señor de Arteaga, en usted castigaré yo á los dos!

la traición de ella y el escarnio de usted. ¡Lo juro por el nombre de mi padre!

MAR. ¿Cuál? ¿Montoya ó Alvarado?

DAN. ¡Montoya!...

PABLO. ¡Basta!

MAR. (¡Ay, mi Daniel!)

DAN. ¡Ah! ¡miserables! ¡no hay respeto humano que me contenga!

JOAQ. ¡Por Dios!

CLARA. ¡Daniel!

CAST. ¡Juicio!...

LUC. ¡Prudencia!...

TRIN. ¡Es demasiado!

MAR. (¡Madre! ¡madre mía! ¡no he podido hacer más por tí!)

DAN. (Estúdiese el grupo final.) ¡Ah! ¡ella! ¡ella! ¡Sí! ¡lo veo claro como la luz! ¡jugó con mi corazón! ¡torturó mi alma! ¡enloqueció mi cerebro!... ¡Miserable ella!... ¡Miserable usted! .. (A don Pablo.) ¡Miserable yo!... ¡Paso! ¡paso... ó no respondo de lo que haga!... Mariana, Mariana, ¡te acordarás de mí! ¡Sí... te acordarás!... ¡Ah! esa mujer y ese hombre, ¡cómo se van á acordar de Daniel Montoya!

FIN DEL ACTO TERCERO

EPILOGO

PERSONAJES	ACTORES
MARIANA.....	Srta. Guerrero.
DANIEL.....	Sr. Thuillier.
DON PABLO.....	» Cepillo.
DON JOAQUÍN.....	» Mario.
DON CÁSTULO.....	» Balaguer.
LUCIANO.....	» García Ortega.
FELIPE, criado gallego.....	» Urquijo.
CLAUDIA, criada andaluza.....	Srta. Cancio.

La escena en una quinta de Mariana en la Granja ó próxima.

EPÍLOGO

La escena representa un salón del piso bajo de una quinta de Mariana en la Granja. En el fondo, una gran puerta que da sobre una terraza: á uno y otro lado de la puerta, grandes ventanas con cristales. Más allá, se ve la terraza, sus flores y los árboles del jardín. En primer término, á derecha é izquierda, dos puertas pequeñas que dan á dos gabinetes. En segundo término, otras dos puertas mayores que se supone que son, la de la izquierda del espectador, la de las habitaciones de Mariana, la de la derecha la correspondiente á las habitaciones de don Pablo. El salón adornado con mucho lujo y elegancia. Es de noche: candelabros sobre las mesas: el cielo azul y despejado: la luna brilla en los momentos oportunos inundando de luz clara todo el fondo: otras veces se apaga la claridad como si alguna nube la ocultase.

ESCENA PRIMERA

CLAUDIA y FELIPE que son la doncella y un ayuda de cámara ó dos sirvientes cualesquiera. Andan por la sala arreglándola, poniendo flores, etc. Él debe tener acento gallego y ella acento andalúz, pero sin exageración.

FELIPE. ¿Está todo dispuesto?

CLAUD. Todo.

FELIPE. Es que los novios llegan pronto y los novios han de tenerlo todo bien dispuesto. Es verdad.

CLAUD. Pues que lleguen. Pero ya no serán novios: serán *esposos*.

FELIPE. Yo digo que serán novios.

CLAUD. Se casarían en Madrid á las ocho: en seguida habrán tomado el tren especial que mandó disponer *doña Mariana* y hacia acá á todo vapor: son las once y media ó las doce, conque llevan *tres horas de esposos.*

FELIPE. Tres horas más de novios: *es verdad.* (Hay que estudiar esta *muletilla* gallega: *es verdad*, que es característica.)

CLAUD. ¡Qué terco eres!

FELIPE. Lo que yo soy, es un hombre reflexivo: *es verdad.* (Con tono gallego.)

CLAUD. Lo que tú eres, es un hombre pesado: *es verdad.* (Imitándole.)

FELIPE. ¿Pusiste flores en el cuarto de la señora?

CLAUD. Las puse y está hecho un jardín. Y también en el cuarto del señor, y está hecho otro jardín.

FELIPE. ¡Flores en el cuarto del señor! Pero ¿ves tú, cómo no eres reflexiva?

CLAUD. ¿Por qué?

FELIPE. Pero hija, ¡florecitas á un militar como don Pablo, que según dicen, es más militar que Santiago! ¡Con más cicatrices y más entorchados de esos que relucen, y que habrá matado más gente!...

CLAUD. ¡Matar! ¡matar! muchos matan y resulta que no muere ninguno. Él matará, pero antes de casarse tuvo un desafío, ¿estás? ¡y le pincharon!... ¡Le pinchó don Daniel! que es un mozo... ¡ese sí que pincha y que mata con aquellos ojazos malagueños! Yo le conozco, sabes tú? Pues pinchó á don Pablo.

FELIPE. ¿Sí?

CLAUD. Como te lo digo: yo lo he oído en Madrid.

FELIPE. Hija, esas son cosas de la vida. Al que se pone delante de una punta de hierro, *de pincharle han*, si Dios no lo remedia. Es verdad. ¿Y por qué fué?

CLAUD. No sé: se trabaron de palabras el don Pablo y el don Daniel y como son dos mozos *cruos*... ya ves tú. Pero don Daniel es más *cruo*.

FELIPE. Sería por la señorita.

CLAUD. Puede ser, ¡porque como es tan guapa! ¡tan reteguapa! ¿á qué están los hombres sino á matarse por las chicas guapas?

FELIPE. ¡Y como es tan rica! ¡tan rica! ¿á qué están los hombres sino á mirar por el día de mañana? Es verdad.

CLAUD. Eso lo dirás por *el esposo*; que don Daniel ni en postura de cuerpo, ni en riqueza de bienes, ni en *querer* con el alma, ni en valentía de corazón, tiene que envidiar nada á nadie. ¿Por qué te ríes, maruso?

FELIPE. Porque de todo eso sé yo más que tú: sé cómo riñeron, y por qué, y lo que resultó.

CLAUD. ¿Y por qué te hacías de nuevas, camastrón?

FELIPE. A ver si tú sabías algo más. Pero yo sé más.

CLAUD. Pues cuenta.

FELIPE. Hubo desafío; pero don Daniel no *le pinchó*: no es verdad.

CLAUD. ¡Que sí, que sí! ¡Bueno es él!

FELIPE. ¡Que no! Don Daniel como es más joven y como estaba encolerizado, golpe que tiro y golpe que tiro, le desarmó tres veces á don Pablo: es verdad.

CLAUD. ¿Lo ves tú? ¿Tú le conoces á don Daniel?

FELIPE. De nombre no más. De vista, nunca lo ví.

CLAUD. ¿Y qué? acaba.

FELIPE. Que don Pablo también se encolerizó: un hombre cuando llega el caso se encoleriza. Y dijo: «¡más joven que yo y más brazo!» Parece que tiene mucho brazo don Daniel.

CLAUD. Mucho. ¿Y qué?

FELIPE. Que dijo el joven: «pues probemos la puntería.» Y probaron la puntería. Y don Pablo tenía mejor puntería que don Daniel y le metió una bala en el pecho. Más brazo el joven: es verdad. Pero mejor puntería el viejo: es verdad.

CLAUD. ¿Y murió don Daniel? ¡Ay, qué lástima de criatura!

FELIPE. Morir, no murió. Pero estuvo muy malo, muy malo y todavía está en la cama muy doliente.

CLAUD. ¿Pero se salva?

FELIPE. Se salva, mujer; se salva.

CLAUD. ¿Y don Pablo? Don Pablo... ¿nada?

FELIPE. No: también tuvo su miajita de bala. Sólo que le dió en una costilla y resbaló: los huesos de los viejos son muy duros: es verdad.

CLAUD. ¿De modo que es un carcamal?

FELIPE. No, carcamal, no: bien conservado, bien plantado, robusto y valiente. Pero vamos, no está en sus verdores.

CLAUD. ¿Qué tendrá?

FELIPE. No sé que tendrá: es verdad.

CLAUD. Digo años.

FELIPE. Ya. Así como rondando los cincuenta.

CLAUD. ¡Ave María Purísima! ¡Y deja la señorita á don Daniel y se casa con ese estafermo! ¡Gusto tienen las señoras de hoy en día! ¡Vaya, voy á quitarle las flores al don Pablo: ¡para flores está él! Voy á mandar á la botica por tisana y á ponérsela en su cuarto, con una taza de caldo, una copa de Jeréz y un calentador para los piés.

FELIPE. Calentador ya traerá él: porque ya ves tú, de viaje... *es verdad.*

CLAUD. Ganas tengo de verle: ¿gasta peluca?

FELIPE. No sé si gasta peluca, porque aunque *húbelo preguntado* á la servidumbre que llegó esta mañana de Madrid, que fué la que me dió esas noticias que te dí, no me lo dijeron. Pero conocerle, pronto le conocerás, porque los coches fueron hace mucho á buscar á todos á la estación y no deben tardar.

CLAUD. ¿Es decir, que viene mucha gente?

FELIPE. Gente viene alguna, pero no viene mucha.

CLAUD. ¡Y duermen todos aquí! ¡ay, Dios mío, pues nada me han dicho!

FELIPE. No te apures, que como dormir, no duerme nadie más que los novios. A todos los demás, como no son novios, llévaselos don Joaquín á su quinta.

CLAUD. Ya sé, ya sé: la construyó aquí cerca para estar á la mira de doña Mariana.

FELIPE. Así mismo. Y por mirar .. mira, ya creo que están ahí. ¿No oyes ruido de coches?

CLAUD. Sí. (Se dirige á la puerta del gabinete de la izquierda.)

FELIPE. ¿A dónde vas?

CLAUD. A mirar por la ventana del gabinete, á ver si vienen los coches.

FELIPE. No se puede entrar.

CLAUD. ¿Que yo no puedo entrar en el gabinetito de la señora?

FELIPE. No, señora.

CLAUD. ¿Por qué, zángano?

FELIPE. Porque perdióse la llave.

CLAUD. ¿Se perdió?

FELIPE. Llevósela.

CLAUD. ¿Quién?

FELIPE. El diablo, que es el que se lleva todas las llaves.

CLAUD. ¿Qué estás diciendo?

FELIPE. Que esta tarde vino un señor: un joven: joven lo era y bien portado lo era. Dijo que era de la prensa: de esos que lo ven todo, para contarlo todo en los periódicos, es verdad. Como la boda de la señora fué tan sonada y el palacio es tan hermoso...

CLAUD. ¿Quiso verlo?

FELIPE. Y lo vió, ya lo creo: y vendrá en el periódico todo lo que vió: esto es decoro para la señora y para todos nosotros. Pero...

CLAUD. ¿Qué?

FELIPE. Que al salir de ese gabinete, por distracción, yo digo que por distracción sería, llevóse la llave.

CLAUD. ¡Pero hombre!... ¿Y si la señora quiere entrar?

FELIPE. Salto por la ventana que de par en par quedó y abro la puerta, es verdad.

CLAUD. ¡Siempre has de hacer algo!

FELIPE. Silencio, que á callar tocan, y ya los tienes ahí.

ESCENA II

CLAUDIA y FELIPE; DON CÁSTULO y LUCIANO, por el fondo.

CRIADO. Pasen ustedes. (Se retira.)

FELIPE. Pasen, mis señores; pasen.

LUC. Hermosa posesión debe ser ésta.

CAST. Dicen que lo es: tiene fama. ¡Mucho lujo! Industria moderna: arte moderno: todo moderno; pero tiene fama, á pesar de ser moderno.

FELIPE. Perdonen los señores... ¿no vienen los otros señores?

LUC. Dentro de cinco minutos están aquí.

FELIPE. Pues si los señores no mandan nada, iremos á esperar á los otros señores, con su permiso.

LUC. Pueden ustedes ir.

ESCENA III

DON CÁSTULO y LUCIANO

CAST. (Mirándolo todo detenidamente.) Nada: Lo que le dije á usted. Mucho lujo, mucha ostentación, un verdadero palacio: casi un palacio regio. Pero ni un objeto que valga la pena de que en él se fijen hombres como nosotros. *Modernismo*: puro *modernismo*. (Con desprecio.) Nada hay aquí, marcado por el *sello individual*: nada hay aquí, que tenga siquiera sesenta años de edad, siquiera cincuenta.

LUC. Pues usted ya los tiene: y usted está aquí.

CAST. No me hable usted *de las personas*: ni de cien años pasan. En clase de personas, lo único aceptable son las *momias* (1). «Coja usted el objeto más despreciable, échele usted dos mil años encima, y en objeto de in-

(1) Para aligerar esta escena en el estreno, se suprimió todo lo que va entre comillas.

comparable valor se trueca por obra y gracia de ese artífice maravilloso, que se llama *el tiempo*. Ríome yo de *Apolo* si con *Saturno* se compara. Embotéllememe usted un tonto de nuestros días: consérvelo usted seis mil años, y á ver si con él, desembotellado oportunamente en venideros siglos, podrá compararse el mayor sabio del siglo setenta y nueve.

LUC. Tiene usted, don Cástulo, una profundidad que espanta.

CAST. Soy un hombre aficionado á la vida universal. (Con modestia.)»

LUC. ¿Pero no vienen? (Asomándose al fondo.)

CAST. Parece que no; pero ya vendrán.

LUC. Como se desherró uno de los caballos del otro coche, y aun parece que se lastimó bastante al arrancar, por eso será el retraso.

CAST. (Dándole una palmada y sonriendo.) Ya... ya le comprendo á usted.

LUC. ¿A mí?

CAST. Usted me viene haciendo la rueda.

LUC. ¡Yo á usted, don Cástulo!... Crea usted...

CAST. Es una manera de decir. Desde que le indiqué á usted que le tenía reservada cierta sorpresa, usted no vive. Todas son indirectas, rodeos, asechanzas: yo le comprendo á usted.

LUC. Le aseguro á usted...

CAST. No asegure usted nada. «Usted conoce, es cierto, todas las preciosidades de mi casa: todos sus secretos y rincones...

LUC. Todos no. (Con modestia.)

CAST. Ya lo creo que no. Hay algo que usted no ha visto todavía, y que le tengo reservado como premio á su constancia y á su amor á la Arqueología. ¿Qué tal?

LUC. No le comprendo á usted.

CAST. Usted me comprende. ¿Por qué si no, le encuentro á usted á todas horas en mi casa? ¿Eh? No se sonroje usted, no se turbe: si á mí sus aficiones de usted me encantan, ¡si son las mías!

LUC. Me parece que sí.

CAST. Pues bien, sépalo usted y abra el pecho á la esperanza. En cuanto terminemos esta expedición y volvamos á Madrid, yo descorreré ante su mirada atónita el último velo de mi augusta morada: ¿la llamamos augusta?

LUC. Llámela usted como quiera, pero descórralo usted.

CAST. ¡Oh, qué impaciencia tan natural!» ¡Qué colección, amigo Luciano! ¡Lo más humilde, lo más prosáico y en el fondo lo más sublime! ¡Yo no diría esto sino á quien, como usted, pudiera comprenderme: desde los egipcios hasta nuestros días... una colección completa *de herraduras*! ¿Qué tal?

LUC. ¡Demonio! ¡herraduras!

CAST. ¡Herraduras! férreo calzado de ese bruto generoso que se llama ¡*caballo*! ¡*Equus* en latín! ¡ἵππος en griego!... Si usted lo había adivinado: si usted es digno de adivinarlo.

LUC. Muchas gracias.

CAST. Hace usted bien, Luciano: hace usted bien en interesarse por esa maravilla arqueológica de forma tan modesta. «Si no se me tachara de vanidoso, diría, que tengo desde las herraduras del *Pegaso* hasta las de Rocinante; desde las herraduras faraónicas, persas y tártaras, hasta las de la caballería cosaca; desde las herraduras de *Atila* aniquiladoras de toda yerba, hasta las herraduras de *Napoleón*, que como sello de revolucionaria conquista van lacrando con sangre todos los continentes. Cuando digo las herraduras de *Atila* y *Napoleón* quiero decir las de sus respectivos hipógrifos.

LUC. Entendido.»

CAST. Todas las *civilizaciones* y todas las *herraduras* han chocado constantemente á lo largo de la historia. Tenga usted esto presente. Así, mi gabinete de herraduras, ¿qué otra cosa es, sino una colección de férreos y encorvados anales? ¡Qué herraduras, amigo Luciano! Yo se las pongo á usted...

LUC. ¡Por Dios, don Cástulo!

CAST. Déjeme usted concluir. Yo se las pongo á usted delante y usted va leyendo de corrido, como pudiera leer en Tácito, Tito-Livio ó César Cantú. ¡Si es asombroso, Luciano! ¡si es asombroso! coja usted un caballo árabe, échele usted los cuatro remos al aire, y tiene usted toda la arquitectura arábiga, ¡el arco de herradura! ¡Sin herrar todo es errar! ¡Sin ese maravilloso y humilde *hierro*, todo es yerro, y torpeza y confusión!

LUC. «Y á propósito de *yerros*, (Queriendo variar de conversación.) ¿no cree usted que los recién casados han cometido uno mayúsculo al unirse con lazo indisoluble por toda la vida?

CAST. No lo sé. No me preocupo mucho de esas cosas.

LUC. ¿No ha reparado usted en Mariana? ¡Qué palidéz cadavérica! ¡qué sonrisa forzada! ¡qué excitación nerviosa!

CAST. No he reparado en nada. Mi imaginación volaba tras otras imaginaciones.

LUC. Al terminar la ceremonia, le dió algo así como un síncope: y en todo el camino... ¡silencio sepulcral!

CAST. Emociones del día de la boda. Mire usted, yo también me *emocioné* algo cuando me casé con Clarita.

LUC. Lo creo.

CAST. Sí, señor. Tan emocionado estaba aquel día, que rompí torpemente ¡una ánfora etrusca! ¡Pérdida irreparable, amigo Luciano!»

LUC. Pues me parece que ya están ahí.

CAST. Sí estarán. Para llegar á un sitio, no hay como ir caminando hacia él. Tarde ó temprano se llega.

ESCENA IV

DON CÁSTULO y LUCIANO; MARIANA, DON PABLO y DON JOAQUÍN, por el fondo. Mariana, pálida y siniestra. Camina con alguna dificultad del brazo de don Joaquín y se deja caer en un sofá ó butaca, después de quitarse el sombrero.

JOAQ. Siéntate y descansa. Tú no estás buena.

PABLO. ¿Cómo te encuentras?

MAR. Bien, muy bien. No tengo nada. ¡Por Dios, soy una niña.

JOAQ. Estás muy pálida.

PABLO. ¡Muy pálida!

MAR. ¡Había tanta gente!... ¡Y los saludos, las enhorabuenas, las impertinencias sociales!... ¡Tener que contestar á todo el mundo! ¡Se agotan las sonrisas, las frases corteses, las vulgaridades... y los nervios no pueden más! ¡La vulgaridad que se impone es lo que más abruma y lo que más excita!... Y no es otra cosa. (Procurando sonreir.)

PABLO. ¿De modo que estás mejor?

MAR. Ya lo creo. Si digo que no es nada. (Con impaciencia mal contenida.)

JOAQ. Sin embargo, desde Madrid á la Granja no viniste buena. Dos ó tres veces creí que perdías el sentido.

LUC. También lo noté.

CAST. Yo no.

MAR. Corría el tren con velocidad tan vertiginosa, que sentía... ¡no sé qué!... y cerraba los ojos y me dejaba llevar. ¿No entramos voluntariamente en el tren? Pues á cerrar los ojos y á dejarse llevar. (Riendo con risa forzada.) ¡Así es la vida! (A don Pablo.) No te alarmes: estoy muy buena. Y me agrada verme en mi casa... en nuestra casa... (A don Pablo.) libre de curiosos y de amigos. ¡Oh, no lo digo por ustedes... ni por usted, padre mío! (A don Joaquín.)

CAST. Nosotros también nos retiramos, que la discreción no está reñida con la amistad.

LUC. Ni con la Arqueología.

CAST. La Arqueología es la discreción misma: lo dice todo en forma silenciosa.

MAR. Por eso me gusta. ¡El silencio! ¡Qué elocuente es el silencio! ¿Verdad? (A don Pablo.)

PABLO. Es mi única elocuencia.

CAST. De modo que nos retiramos.

LUC. La quinta de don Joaquín nos espera.

MAR. ¡Todavía, no; por Dios! (Procurando sonreir.) Han de ver ustedes la casa. La gente del pueblo, en su enfático estilo, dice: «¡el palacio!» No tanto, pero desde el salón de arriba, la vista, en noche de luna clara, como ésta, es deliciosa. Suban ustedes: para personas de imaginación, como ustedes, es un espectáculo admirable.

LUC. Sin embargo, si molestamos..

MAR. De ningún modo: son diez minutos: les retengo á ustedes diez minutos no más. Pablo, hazme el favor de acompañarles: te corresponde hacer los honores... como dueño de la morada... Yo descansaré entre tanto. (Dice todo esto y toda la escena con ligereza, con buen tono, con algo de ironía pero con tristeza profunda. Es siempre la gran dama que sabe dominarse y pagar el debido tributo á las exigencias sociales.)

PABLO. ¿Vamos allá?

CAST. Estamos á sus órdenes.

MAR. (A don Joaquín.) Usted conoce la casa: quédese usted.

JOAQ. Como tú quieras.

PABLO. Paso delante para enseñarles el camino.

LUC. Todo es verdaderamente encantador.

CAST. No está mal: no está mal: pero dentro de quinientos años estará mejor. (Salen por la derecha, segundo término.)

ESCENA V

MARIANA y DON JOAQUÍN

JOAQ. ¿Qué tienes, Mariana?

MAR. Que el universo entero es plomo y está pesando sobre mí. No puedo más, don Joaquín. No puedo más, padre mío.

JOAQ. ¡Oh! ¡carácter de hierro! Ahora te arrepientes, cuando no es tiempo. (Acercándose á ella y en voz baja.)

MAR. ¡Arrepentirme! No. Lo que hice, bien hecho está. Á no ser la mujer más miserable de la tierra, no podría hacer otra cosa. No fué locura: no fué vértigo: fué previsión honrada y castigo justo.

JOAQ. ¡Ah, mujer ciega y testaruda!

MAR. No, don Joaquín: no fué ceguedad, no fué obstinación. Quise levantar una barrera entre Daniel y yo: quise poner á mi lado un hombre que sujetase mi locura con mano de hierro: un hombre implacable que cuando yo me vaya hacia Daniel... porque yo me conozco: si él no viene á mí, yo voy á él... Pues bien, cuando llegue ese caso, que don Pablo me mate y le mate: y quizá por salvar á mi Daniel tendré fuerzas para resistir los impulsos de mi delirio.

JOAQ. No me convences... pero en fin, ya está hecho...

MAR ¡Que no le convenzo á usted! ¿Pero usted no adivina todo lo que yo pensé, todo lo que yo sufrí aquel día? ¡De modo, me decía á mí misma, que el único hombre por quien he sentido amor ha sido por el hijo de Alvarado! ¡Yo enamorada del hijo de aquel miserable que deshonró, que martirizó, que mató á mi madre! Entonces, ¿qué conciencia es la mía? ¿qué mujer soy yo? ¿de qué sustancia infame y ruín estoy formada?

JOAQ. Esas son exageraciones: cuando te enamoraste de Daniel, lo ignorabas todo.

MAR. ¡Pero lo supe después y seguí amándole: ahora lo sé y se me va el corazón hacia mi Daniel!

JOAQ. ¡Silencio!.. ¡silencio!... ¡no digas esas cosas!... ¡no más! ¡no más!

MAR. ¿No es verdad que es monstruoso todo esto? ¡Esa raza maldita es la condenación de la mía! ¡Su padre envileció á mi madre! ¡y Daniel á mí!... ¡Qué infamia!... ¡qué infamia!... ¡Jesús!.. ¡Jesús!

JOAQ. Hija, Dios lo manda: los pecados de los padres pesan sobre los hijos.

MAR. ¡Pero si él es inocente! ¿por qué ha de pagar infamias de su padre?

JOAQ. ¡No me enloquezcas á mí! Haber pensado todo eso antes y haberte casado con Daniel.

MAR. Eso nunca. Es usted demasiado puro y demasiado noble para pensar eso que dice. ¡Yo su esposa! ¡Yo unida para siempre al hijo de Alvarado! ¡Y los dos el día de la boda ir á recibir la bendición y el beso de aquel hombre! ¡aquellos labios que profanaron á la madre posándose con burlesca santificación sobre la frente de la hija! ¡Y luégo, cuando Daniel me hablase de su amor, estar siempre, siempre pensando, ¡eso, eso fué lo que dijo su padre para enloquecer á aquella pobre mártir! ¡con esa voz seria, con esa ternura, con esos transportes de pasión! ¡Así, así deshonró aquel hombre á mi madre de mi alma! La sangre de Daniel, su sonrisa, la luz de sus ojos, el fuego de sus manos, sus palabras dulces!... ¡todo viene de allá! ¡La hija deleitándose con los desperdicios de aquellas impurezas! ¡No! ¡No! ¡No! ¡todo antes que ese eterno y repugnante suplicio! La que pensando todo esto ama todavía, ¡porque le amo! al hijo de Alvarado, debe ser esposa de don Pablo: á la impureza, freno de hielo; á la locura, camisa de fuerza; ¡á la fiera sin entrañas, el domador sin piedad!

JOAQ. Pues encontraste lo que buscabas. Cuando don Pablo dudó de su primera mujer...

MAR. ¿Qué?

JOAQ. Frío, impasible, implacable, sin un grito, sin una reconvención... sin una amenaza...

MAR. ¿Qué?

JOAQ. Hay quien dice, ó por lo menos se sospecha, que supo matar de un sólo golpe.

MAR. ¿Y lo habrá olvidado?

JOAQ. Creo que no.

MAR. ¡Ojalá!

JOAQ. Calla: ya vuelven. (Acercándose á la puerta.)

MAR. Finjamos.

ESCENA VI

MARIANA, DON JOAQUÍN, DON PABLO, DON CASTULO y LUCIANO

LUC. ¡Admirable, Mariana: un palacio encantado!

MAR. ¿De veras?

CAST. Hay algo: sí, hay algo. Yo hablo de lo mío. Aquellos tapices son buenos. Y aquellos esmaltes... ¡valen!... ¡valen!... Y aquel plato repujado... de buena gana lo robaríamos ¿No es cierto, Luciano?

LUC. Yo no robaría nada, don Cástulo.

CAST. ¿Que no me robaría usted nada? Vamos... vamos...

LUC. Puede ser que sí. (Con sorna.)

CAST. Ya lo sabia yo. (Dándole una palmada.)

PABLO. (A Mariana.) ¿Cómo estás?

MAR. No me pasa el mareo del viaje. Sospecho que voy á tener una jaqueca muy fuerte.

JOAQ. Pues á descansar, hija.

LUC. Con su permiso de usted, nosotros nos retiramos. Nos espera el coche y nos espera la quinta de don Joaquín. (A Mariana.)

CAST. Mariana... (Despidiéndose.) soy su amigo sincero, y la felicidad de mis amigos y de mis amigas... con no ser objeto que pueda encerrar en mi Museo, todavía me proporciona placer singularísimo.

MAR. Mil gracias, don Cástulo. De su Museo conservo recuerdos que no se borrarán fácilmente: créame usted.

CAST. Mil gracias, Mariana. Adiós, don Pablo: soy su amigo sincero, y la felicidad de mis amigas y de mis ami-

gos... con no ser objeto... (Luciano se mete por entre los dos y los separa riendo. Se dirigen don Pablo y don Cástulo hacia la terraza, murmurando cumplimientos.)

LUC. ¡Bueno!... ¡Bueno! Adiós, Mariana: yo soy el de siempre.

MAR. Adiós, Luciano. (Se dan las manos.)

JOAQ. Adiós... adiós, hija mía... (Luciano se une en la terraza á don Pablo y don Cástulo.)

MAR. Adiós, padre mío... (Se abrazan.)

JOAQ. ¡Valor...

MAR. ¡Valor me sobra!... ¡Felicidad me falta!...

JOAQ. ¡Adiós!

MAR. ¡Adiós!... (Los cuatro hombres se despiden en la terraza, en donde se los ve algunos momentos.) Entraré en mi cuarto... (Deteniéndose.) No: entraría él. En mi gabinete .. (Se dirige á la puerta, luégo cambia de idea.) ¿Para qué? (Mirando si se marchan.) A mi cuarto y cerraré. No: me quedo. (Se hunde en un sillón.) Ya se van. Ya se fueron. Él vuelve. ¿Qué importa?

ESCENA VII

MARIANA y PABLO

PABLO. ¿Estás mejor?

MAR. No. ¡Tengo un círculo de hierro en la frente! De hierro hecho áscua: oprime y abrasa. ¿Es divertido esto?

PABLO. Pobre Mariana. (Con dulzura.)

MAR. ¿Se fueron esos?

PABLO. Sí. (Se acerca mucho á Mariana.)

MAR. Vamos: ya se fueron. (Por decir algo.)

PABLO. Y nos dejaron solos. (Sentándose junto á ella.)

MAR. ¿Quieres cerrar aquella puerta?... Dispensa (Señalando la puerta del fondo.)

PABLO. Ya lo creo. (Cierra la puerta.) ¿Te molestaba el aire de la noche?

MAR. Cuando estoy así... todo me molesta.

PABLO. ¿Yo también?

MAR. ¡Qué pregunta!

PABLO. ¿No quieres que hablemos?

MAR. Sí: puedes hablar; pero perdóname si mis contestaciones son breves. Cada palabra que pronuncio me resuena en el cerebro como el golpe de un martillo en una caja hueca.

PABLO. Has dicho: «tus contestaciones.» ¿Supones que mis palabras van á ser preguntas?

MAR. Dije por decir: y ya has de suponer que si no estoy para hablar, menos estaré para discutir.

PABLO. Entonces no hablaré tampoco.

MAR. Como quieras: el silencio es lo único que me alivia

PABLO. El silencio y *la soledad*, ¿no es así? Soledad y silencio.

MAR. Son buenos compañeros; pero no lo dije por tanto.

PABLO. (Cogiéndole la mano.) Pobre Mariana: tu mano es de hielo.

MAR. ¿No te lo dije? No estoy buena. Deja... deja... perdona... (Retirando la mano.) Voy á ver si entra en calor. (Rebujándose las manos y hundiéndose más en el sillón como para huir de Pablo.)

PABLO. ¿Tienes sueño? (Al ver que cierra los ojos y que inclina la cabeza.)

MAR. Un poco. Mira tú, me parece que durmiendo me pasaría esta molestia.

PABLO. Pues duerme un rato á ver si te alivias. Yo, desde este sillón te contemplaré.

MAR. No: un rato no es bastante: un sueño muy largo: muy largo. Para los grandes dolores, sueños que duren mucho.

PABLO. ¡Pobre Mariana! las mujeres sois muy débiles.

MAR. Es verdad, y yo más que ninguna.

PABLO. Por eso necesitáis, las que sois así, un esposo, un sér que os quiera con el alma, pero que os dirija con mano fuerte. Porque muchas veces vuestras dolencias son de *pura fantasía*. «Estoy mala: estoy mala.» decís con voz dulce y quejumbrosa, como tú dices ahora; y si una voz cariñosa, pero enérgica os dice:

«no estás mala: no estás mala: *yo no quiero que lo estés...*» milagros del cariño: os ponéis buenas. ¿ No es así? (Dice todo esto como de broma, pero se ve que procura contenerse y en el fondo su tono es duro y dominante.)

MAR. (Con frialdad.) No: no es así. Yo esta noche me siento verdaderamente mal. Y aunque con todo el cariño y toda la energía imaginables me digas; «no estés mala: no lo quiero,» seguiré estando mala. ¡Á pesar del mandato! (Con sonrisa irónica.)

PABLO. Yo no mando, Mariana: suplico.

MAR. Lo supongo y lo agradezco. Para mandar es demasiado pronto. Pero ¡ay Dios mío! ¿lo ves tú? he hablado un poco y arrecia el dolor y se hace intolerable! (Oprimiéndose la frente.)

PABLO. Sin embargo... (Próximo á estallar.)

MAR. ¿Que? (Con dignidad y altivéz.)

PABLO. Que no insisto: veremos si con el silencio, el descanso y el sueño pasa esa molestia.

MAR. Gracias.

PABLO. ¿Quieres que te acompañe á tu cuarto?

MAR. No: dispensa. Aquí estoy bien: el primer sueño... aquí.

PABLO. (Después de una pausa en que la contempla silencioso.) Adiós, Mariana: duerme, descansa.,, no soy un tirano: quieres estar sola y te dejo.

MAR. Te lo agradezco, Pablo. Adiós.

PABLO ¿No me das la mano?

MAR. ¿Por qué no?...

PABLO. ¡Ahora abrasa!

MAR. ¿Sí?... á ver... (Retirando la mano.) creo que tienes razón.

PABLO. Hasta mañana. (Retirándose hacia su cuarto.)

MAR. Hasta mañana. (Sin mirarle.)

PABLO. (En la puerta de su cuarto, pero sin entrar.) Es un carácter de hierro. Mejor.

MAR. Al fin creo que se va. Me deja sola. Mañana veremos. Piensa domarme: no es tan fácil. (Pablo se detiene en la puerta de su cuarto y desde allí contempla á Mariana. Mariana

se vuelve á ver si salió. Al notar el movimiento vuelve don Pablo.)

PABLO. Perdona: una palabra todavía. (Con tono duro y resuelto.)

MAR. ¡Todavía! (Con enojo que no procura ocultar.)

PABLO. ¡Oh! muy breve... Sé que te has casado conmigo sin amarme, pero no sé por qué te has casado. Sabía que eras honrada y esto me bastó. ¿Hoy no me amas? No importa: el amor se impone: mi amor se impondrá. Quise que fueses mía: ya lo eres: ahora hay tiempo para averiguar lo restante. Yo soy así: cuando me propongo conseguir una cosa, la consigo. ¡La vida! ¡qué es la vida! un medio, solo un medio, para hacer que triunfe una voluntad. La mía triunfó. La primera vez que te ví, pensé: ó será mía esa mujer ó no será de nadie. Me viste siempre frío: si hubieses podido hundir tu mano en mi corazón, qué pronto la hubieras retirado al resquemo de la brasa. Y nada más por hoy. Tú lo quieres y en hielo me envuelvo otra vez. Hoy nada: duerme, descansa: mañana me contestarás.

MAR. ¡Contestar! ¿A qué pregunta?

PABLO. A ésta: «¿por qué te has casado conmigo?» Hasta mañana espero.

MAR. Puedo contestar esta noche.

PABLO. Pues contesta.

MAR. Lo dijiste ante s: las mujeres somos débiles: quise tener á mi lado un sér fuerte que me obligase á seguir el único camino posible.

PABLO. ¿El del honor?

MAR. Se supone.

PABLO. Pues lo seguirás... y supongo que sin mi ayuda.

MAR. ¿Y si la necesitase?

PABLO. No te faltaría.

MAR. ¿Bajo todas sus formas?

PABLO. Bajo todas.

MAR. ¿También bajo forma de castigo y de venganza?

PABLO. ¡Mariana! (Avanzando hacia ella.)

MAR. Responde: ahora soy yo quien pregunta.

PABLO. ¡También! (Con violencia.)

MAR. ¿De veras?... (Con ironía.) ¿Y si no te atrevieses?

PABLO. ¡No me pongas á prueba!

MAR. Si llega el caso te pondré.

PABLO. (Se acerca á ella y le coge la mano.) Tienes fiebre: descansa.

MAR. Mañana seré yo la que pida una explicación completa.

PABLO. Siempre estaré á tus órdenes.

MAR. Adiós.

PABLO. Adiós. (Deteniéndose. Aparte.) ¡Ah, Mariana, no me conoces!)

MAR. Mañana conoceré lo que es este hombre. (Sale don Pablo.)

ESCENA VIII

MARIANA, sola: después, CLAUDIA y CRIADOS

MAR. (Escuchando.) Sí: se retira á su habitación. ¡Ah! puedo respirar. Me parece cuando está á mi lado... que me roba el aire. Sufrir... bueno; pero tener ambiente, extensión, vacío en que se dilate el dolor. El dolor comprimido es intolerable: se condensa aquí y viene la locura. (Oprimiéndose la cabeza.) Se condensa aquí y estalla el corazón. (Oprimiéndose el pecho.) Ahora estoy más tranquila. (Se asoma á una ventana.) ¡Qué hermosa está la noche y qué clara! ¡Cómo brilla la luna! (Toca el timbre y aparece Cláudia por la izquierda con una palmatoria encendida.) Diga usted que vengan á llevarse esas luces. Con la que usted trae me basta. (Se la quita y la pone en una mesa. Después se quita el abrigo y lo arroja sobre el sofá.)

CLAUD. Sí, señora. (Sale un instante y vuelve con dos criados.)

MAR. (Paseándose nerviosa.) La gente me molesta, y me molesta la luz, y el ruído y todo. Usted puede retirarse á descansar. (A Cláudia.) Me acostaré yo sola.

CLAUD. Si la señora lo manda...

MAR. Sí: lo mando: y que se retire también mi doncella.

CLAUD. Muy buenas noches, señora.

MAR. Buenas noches. (Cláudia se dirige á cerrar las dos ventanas del fondo.) No cierre usted esas ventanas: así: como están.

CLAUD. Sí, señora. (Sale. Los criados sacaron los candelabros entre tanto por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

MARIANA; después DANIEL

MAR. Así: todo el mundo lejos de mí. Sola y pensando en él. (Se acerca á la mesa y apaga la luz: la sala queda iluminada sólamente por la luna: en primer término, sombra.) Él... ¡mi eterna compañía! (Se detiene.) ¿Pensará en mí? Claro: para Daniel no hay más que una idea: su Mariana y la horrible traición de su Mariana. ¡Pobre Daniel! Que sufra, que sufra, con tal que sufra por mí: que no se consuele nunca. ¡Oh! ¡esto sí que sería traición! ¿Qué ruído es ese? (Deteniéndose.) ¡Volverá Pablo! (Se acerca á la puerta de don Pablo y escucha. Entretanto se abre la puerta del gabinete y se presenta Daniel entre la cortina: viene con la cabeza descubierta y algo descompuesto, porque se supone que ha trepado por la ventana. Mientras Mariana escucha junto á la puerta de don Pablo, Daniel la observa.) Nada se oye. Estará pensando lo que ha de decirme mañana y cómo podrá domarme. (Lanza unas carcajadas contenidas.)

DAN. ¡Miserable! ¡miserable!... ¡Y ríe!... ¡y goza!... ¡Ahora yo también gozo!

MAR. (Escuchando otra vez.) Todo en calma. Se habrá encerrado en su cuarto. Yo al mío. (Camina lentamente.) Y mi Daniel conmigo: siempre con Mariana: siempre... (Levanta la cortina y sale Daniel.) ¡Ah!... ¡un hombre!... ¿qué?... ¿quién es?... (Retrocediendo con terror.)

DAN. ¿Ya no me conoces? (Siguiéndola.)

MAR. ¡Daniel!... ¡no!... ¡mentira!... ¡Daniel!... (La escena está iluminada únicamente por la luz de la luna, que penetra por las dos grandes ventanas del fondo, las cuales, como se ha dicho, quedaron abiertas.)

DAN. ¡No huyas!... ¡Aquí!... ¡Quieta!... ¡Silencio!... (La alcanza y la sujeta.)

MAR. ¡Daniel!... ¡Imposible!... ¡Es un sueño!... ¡Déjame!... ¡Suelta!... ¡Daniel!... ¡Dios mío!

DAN. ¡Calla!... ¡calla!... ¿Qué pensaste, que en la noche de tus bodas podía faltar yo?

MAR. ¿Pero eres tú?... ¿Eres tú?

DAN. No me esperabas, ¿verdad?

MAR. ¡Es mi Daniel!... ¡mi Daniel!... ¡me parece imposible! (Abrazándose á él.)

DAN. ¿Y te causa alegría mi presencia?

MAR. ¡No lo sabes tú bien! ¡Si era preciso! (Con pasión.)

DAN. ¿Pero qué mujer eres tú?

MAR. ¡Mariana! ¡Ahora tú eres el que no me conoces! (Con mimo.)

DAN. ¡Yo no sé!... ¡yo me volveré loco!... ¡Y me mira con cariño!.. ¡y casi me estrecha entre sus brazos!... ¡Pero el mundo es una manada de dementes!... ¿Pero esta mujer, qué es?... A ver... á ver... ¡Ven aquí... á la luz... que yo te vea!... (La lleva para que le dé la luz de la luna.)

MAR. ¡Sí, mírame!... ¡mírame!... ¡y que yo también te vea!... ¡Ya nos hemos visto!... ¡Ya recogió el corazón alegría para mucho tiempo!... ¡Ahora, vete!... ¡Vamos, vete!

DAN. ¡Ya!... ¡todos esos extremos eran para que me marchase!... Soy el niño, á quien se le da un juguete... y se le dice: «fuera: no incomodes.» «Toma una sonrisa, Daniel: un mimo: una frase cariñosa, y fuera, que estorbas.» Pues no me voy: eso era antes: ahora no me voy. (Con fiereza.)

MAR. ¡Yo lo quiero: yo lo mando: es preciso: vete!

DAN. No: no: te digo que no. Ahora quien manda soy yo. (Sacudiéndola brutalmente.)

MAR. ¡Suelta! ¡miserable! Si no te vas... llamaré.

DAN. ¿A tu esposo?

MAR. ¡A Pablo!

DAN. ¿Dónde está?

MAR. Allí (Señalando al cuarto)

DAN. ¿Le cansa ya su esposa y huye de ella?

MAR. ¡Imbécil!... ¡No ves que he sufrido mucho hoy! ¡que he creído volverme loca!... ¡Llegué casi sin sentido!... ¡Llegué enferma!... Le rogué que me dejase... y se fué á su cuarto. No todos son crueles como tú.

DAN. ¡Tú has sufrido ho y mucho! (Con asombro y alegría.)

MAR. Sí: más que tú. Pensaste que no había dolor más intolerable que el tuyo: pues sí: lo hay: el mío.

DAN. ¡Entonces no le amas!

MAR. ¡Amarle!... ¡Á ese hombre!... ¡Pobre Daniel!

DAN. ¿Entonces á mí es á quien amabas?

MAR. Y si te contesto á esa pregunta, ¿te irás?

DAN. Sí.

MAR. ¡Júralo!

DAN. Lo juro.

MAR. Pues óyelo bien : no amo más que á uno: á tí: á Daniel: ¡á Daniel de mi alma! ¡Por tí... todo... la vida!

DAN. ¡Mariana!... ¡Pero todo esto es burla! ¡es escarnio que haces de mí!

MAR. ¡Burlarme de tí! No: te amaba: te amo: te amaré siempre: ¡te lo juro por la memoria de mi madre! ¡Así venga ese hombre y nos dé muerte á los dos, si no digo verdad! ¡Tú no me creerás! pero Dios lo sabe: ¡Dios me cree! Vete, Daniel: vete: ¡compadéceme y no me olvides!

DAN. ¡La explicación de todo esto!... ¡pronto!... ¡pronto!

MAR. Nunca: es mi secreto.

DAN. No: te conozco: ¡es que me engañas otra vez! ¡No sería la primera! ¡no sería la segunda!... ¡pero la última ya pasó!... ¡Habla!... ¡Habla!...

MAR. ¡Vete!

DAN. ¡No!...

MAR. ¡Lo juraste!...

DAN. ¡Qué me importan á mí los juramentos! ¡tanto como á tí!

MAR. ¡No me enloquezcas! ¡vete... ó llamo!

DAN. Pues bien, me voy. (Corre al fondo y abre la puerta.)

MAR. ¿Qué haces?

DAN. Franquear el paso.

MAR. ¿Para qué?

DAN. Para salir de esta casa. Cumpliré mi palabra: ¡saldré; pero no solo: contigo!

MAR. ¡No!.. ¡Eso no!

DAN. Los dos juntos: ¡para siempre! Forcé la puertecilla de la tapia: un coche me espera: ¡y en él los dos!...

MAR. (Retrocediendo.) ¿Á dónde?

DAN. ¡Qué sé yo! Á cualquier parte: á donde quieras: á donde con toda calma puedas amarme, odiarme, engañarme... ¡pero juntos!

MAR. ¡No! ¡digo que no! (Huyendo.)

DAN. ¡Sí! ¡digo que sí! (Alcanzándola.)

MAR. ¡Suelta, miserable!... ¡Tienes en la sangre el ser miserable!

DAN. (Llevándola á la fuerza.) ¡Pues si te empeñas, lo seré!...

MAR. ¡Suelta!... ¡deja!... ¡te desprecio! .. ¡te odio!... ¡ruín!... ¡villano!... No... no... ¡No harás tú conmigo lo que hizo Alvarado con mi madre! (Fuera de sí: loca por la lucha: sin saber lo que dice.)

DAN. ¿Qué?... ¡Qué dice esta mujer!... (Soltándola: ella huye, se aparta y lo mira triunfante.)

MAR. ¡Eso!... ¡eso!... ¡lo que te he dicho!... ¡Ves cómo no me llevas!

DAN. ¡Alvarado!... ¿Quién es Alvarado? .. ¿Era mi padre?

MAR. ¡Sí!... (En otro tono: tono de dolor supremo.)

DAN. ¿Y tu madre?... (Con angustia horrible.) ¿Es lo que yo comprendo?

MAR. ¡Sí!...

DAN. ¿Y él?... ¿y ella?... ¿Entonces era por eso?

MAR. ¡Por eso!

DAN. ¿Por eso me odiabas?

MAR. ¡Debía odiarte!... ¡sí!... ¡odiarte!... Y te quiero con toda mi alma: ¿qué más puedes pedir?... (Desde lejos, con angustia, con llanto, en voz baja. Pausa solemne y algo prolongada, no mucho.)

DAN. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Mariana!... ¡Mariana!... ¡una palabra nada más!... ¿puedo pedir que me perdones?...

MAR. ¿A tí, pobre Daniel? ¿de qué?

DAN. ¿Y que sigas amándome? (Acercándose.)

MAR. ¡Siempre!...

DAN. ¿Y que lo olvides todo? (Más cerca aún.)

MAR. ¡Todo! pero olvidarte á tí... no: eso no: ¡á tí no te olvidaré! (Acercándose á él como atraída.)

DAN. Y olvidándolo todo, ni tú tienes pasado, ni yo tampoco. (Junto á ella, con voz dulce y tentadora.) ¡Somos dos seres que se encuentran, que se unen, que ya no se separan! (Cogiéndola por la cintura.) ¡Y los dos solos vamos así por el mundo! ¡vemos un jardín muy hermoso!... ¡pues á cruzarlo!... ¡Mariana!... ¡Mariana!.. ¡Mi único bien!... ¡mi vida!... ¿No soy el sér á quien más quieres en la creación? ¡pues qué te importa el resto de la creación! ¡conmigo! ¿No eres tú para mí cuanto existe? ¡pues qué me importa lo demás! ¡contigo yo! ¡Pobre mujer, pobre Mariana, pobre enfermita de la imaginación! ¡sacrificar á ilusiones, á fantasmas, á recuerdos, una felicidad viva, presente y palpitante! ¿Tú me quieres? ¿yo te quiero? ¡pues deja que todo lo demás se aleje y pase como mascarada ridícula! ¡Mira á tu alrededor y no verás nada más que á tu Daniel, y tu sombra móvil confundida con la mía, y una luna muy clara que nos pinta de blanco un sendero de ese jardín que conduce á la libertad, á la dicha, al amor, al delirio, al cielo! ¡que para nosotros solos, si tienes valor, fabricó Dios el cielo! ¡ven, Mariana!

MAR. ¡Daniel... no puedo!... ¡me faltan las fuerzas!... ¡mi

cabeza se desvanece!... ¡el corazón me salta!... ¡corren por mi cuerpo calofríos que me estremecen!... ¡Dios mío... Dios mío... ten compasión de mí! ¡Te amo, te amo mucho, Daniel! (Ya vencida.)

DAN. ¡Pobre Mariana, estás temblando de frío! ¡Es el vientecillo del amanecer!... ¡Dentro de mi coche yo te arroparé bien!... ¡Mira... mira... aquí dejaste tu abrigo de viaje! (Recogiendo el que quedó sobre una silla.) ¡Yo te ayudaré... mi Mariana... (Poniéndole el abrigo.) pronto... aprisa... vamos... ¿no te estoy ayudando yo?... ¡Mi Mariana... Mariana mía!... ¡Ya ves si te quiero!... Te ayudo como si fueras una niña... ¡La niña de mi alma!... ¡Niña mía! (Esto despierta el recuerdo de Mariana: aquella escena del acto segundo.)

MAR. (Da un grito y se desprende de Daniel.) ¡Así me vistió mi madre aquella noche!... ¡No... quita!... ¡Pablo!... (Precipitándose á la puerta del cuarto de su esposo.) ¡Pablo!... ¡Pablo!!... ¡Ven, que soy una infame!...

DAN. ¡Qué haces, insensata!

MAR. ¡Ahora lo verás!... ¡Pablo, socorro!... ¡Tu honra te llama!...

DAN. ¿Es que me odias?... ¿Es que no quieres á tu Daniel?

MAR. ¡Ahora verás si te quiero!... ¡Pablo!... ¡á mí!... ¡A la villana de tu esposa!... ¡A mí!... ¡A Mariana!...

ESCENA X

MARIANA y DANIEL; DON PABLO, con un revólver en la mano. (Sólo la luz de la luna.)

PABLO. ¿Quién grita? ¿qué es esto? ¡Mariana!... ¡Un hombre!

MAR. ¡Es Daniel!... (Abrazándose á Daniel y señalándole.)

PABLO. ¡Miserable! (A Daniel.)

DAN. ¡Miserable usted, que me roba lo mío!

MAR. ¡Miserables los dos! (Por ella y Daniel.) ¡Escucha! ¡Le amaba! ¡me casé por celos!... ¡iba á huir con él! ¿com-

prendes? ¡si me dejas, huyo! ¡A ver qué haces! Ahora te toca á tí, ¿qué haces?... ¿qué haces, Pablo?... ¡Le amo! ¿Qué haces? (Siempre abrazada á Daniel como desafiando á Pablo)

PABLO. ¡Lo que tú quisiste!... (Dispara sobre Mariana, que cae redonda.)

DAN. ¡Mariana!... (Precipitándose sobre ella.) ¡Mariana!...¡Mariana!... ¡Alma mía!... ¡Responde!... ¡Mariana!

PABLO. ¡Le espero á usted!...

DAN. ¡Es verdad! (Levantándose terrible.) ¡Aún me queda este hombre!

PABLO. ¿Tiene usted armas?

DAN. ¡Sí! (Sacando un revólver ó sin sacarlo.)

PABLO. ¡Pues allá!... (Señalando al jardín.)

DAN. ¡Vamos!

PABLO. ¡Va la vida!

DAN. No había más que una que valiese la pena .. y esa, ¡está ahí! (Señalando el cuerpo de Mariana.) Las nuestras, ¡qué importan!... ¡Adiós!... ¡No!... ¡Hasta luégo, Mariana!.. ¡Hasta luégo! (Salen los dos al jardín.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas tragicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en prosa y en tres actos.

Dos fanatismos, drama en prosa y en tres actos.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rigidos, drama en tres actos y en verso precedido de un diálogo-exposición en prosa.

Siempre en ridiculo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de don Juan, drama original en tres actos y en prosa inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T443
v.253
no.2